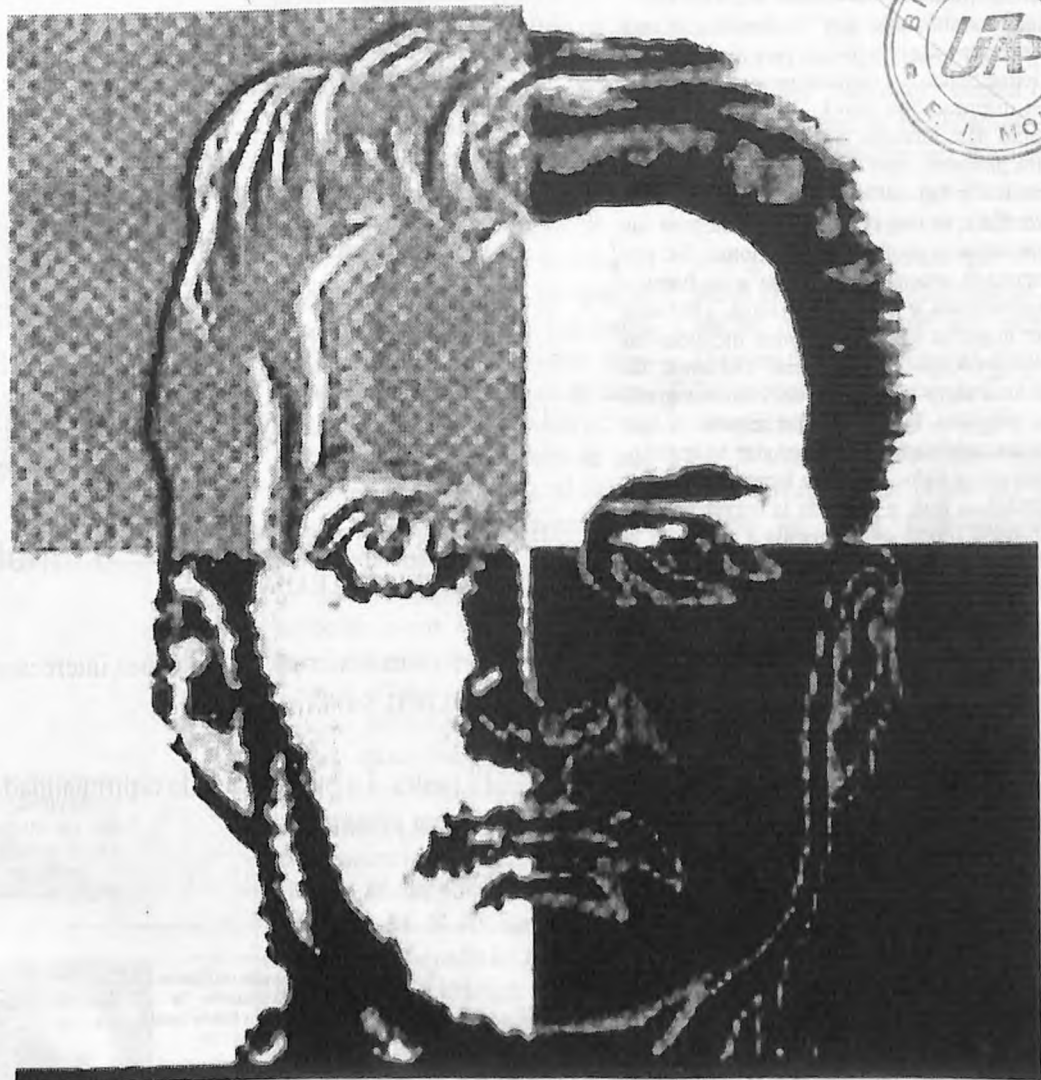


MINISTERIO 8

MAYO - JUNIO 1996

adventista



EL PASTOR:

La búsqueda de un ministerio auténtico.

MINISTERIO

adventista

TOMO 8 (Año 44 - Nº 260) – MAYO-JUNIO 1996

A primera vista

Cuando se nos dijo que “se predica mucho la verdad pero pocos son santificados por ella” y que “algunos de los que pretenden ser pastores del rebaño son carnales”; cuando se nos dijo que “la fornicación está en nuestras filas” y que se está fortaleciendo y extendiendo su contaminación; cuando se nos dijo que “no [hay]... verdadero fundamento para albergar esperanza con respecto a los pastores... que han escondido sus malos caminos y han continuado en ellos...” (TM, 426-456), se nos propuso un tema para las más serias y profundas reflexiones. Se nos impuso la necesidad de volver a las bases y examinarlos a nosotros mismos. ¿No será que nosotros también estamos incluidos en estas preocupaciones divinas? Debemos hacer una seria introspección y contestarnos esa pregunta. Debemos estar seguros de que somos auténticos ministros del evangelio. Pero sobre todo, debemos tener la plena seguridad de que, a pesar de la mayor responsabilidad moral que tenemos a causa de la mayor luz que hemos recibido, y a pesar de que “al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Luc. 12:48), Dios perdona al pastor que haya pecado en la misma forma como perdona a cualquier otro pecador. Vayamos a Cristo para que nos haga “ministros competentes de un nuevo pacto” (2 Cor. 3:6). Esperamos que el artículo del pastor Morris Venden y otros que aparecen en este número especial de *Ministerio Adventista* sean de grande ayuda para los pastores y sus familias.

C O N T E N I D O :

- 3 El pastor: La búsqueda de un ministerio auténtico
MORRIS VENDEN
- 7 Fantasmas en el camino al púlpito
CALVIN J. THOMSEN
y RICHARD A. BLACKMON
- 12 Cómo medir el éxito en el ministerio
STEVE WILLSEY
- 16 Un porvenir hipotecado
ANTONIO ESTRADA M.
- 23 El pastor: Socio en sus oraciones intercesoras
PHILIP G. SAMAAN
- 27 El pastor: La búsqueda de la espiritualidad
CALEB ROSADO

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Director: Werner Mayr

Redactor: Javier Hidalgo

Consejeros: Alejandro Bullón, Jaime Castrejón S.

Diagramador: Leonardo Moreno (APIA)

Primera edición (3.200 ejemplares)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 950-573-493-X (obra completa)

ISBN 950-573-560-X (tomo 8)

MINISTERIO ADVENTISTA es una obra de la Asociación Ministerial de las Divisiones Interamericana y Sudamericana de la IASD; editada por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa mediante el sistema off-set en los talleres gráficos de la ACES, Av. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, Argentina, el 11 de junio de 1996. —21056—

286

IGL

Iglesia Adventista del Séptimo Día

Ministerio adventista - 1a. ed. - Florida (Buenos Aires):

Asociación Casa Editora Sudamericana, 1996.

t. 8, 32 p.; 24x17 cm.

ISBN 950-573-560-X (tomo 8)

I. Título - 1. Iglesia Adventista

El pastor: La búsqueda de un ministerio auténtico

MORRIS VENDEN

Un pastor de larga experiencia presenta cinco señales distintivas de un ministerio auténtico.

Morris Venden es pastor de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Azure Hills, en Grand Terrace, Ca., EUA.



Antes de que podamos comprender qué es un ministerio auténtico, necesitamos analizar tres grandes obstáculos que hay en el camino hacia el ministerio.

♦ *Primero, un sentido de llamado.* Un estudiante puede decidir inscribirse en una universidad y tomar un curso de teología. Muchos años de experiencia han revelado que casi cualquiera puede hacer eso. Algunos de nosotros, cuando fuimos al colegio, tuvimos la impresión de que se suponía que una gran luz había resplandecido en nuestras conciencias o que un repique de campanas resonaba en nuestras cabezas, para convencernos de que habíamos sido llamados al ministerio. Muchos de nosotros nos poníamos nerviosos porque no habíamos experimentado nada parecido a eso. El único llamado que algunos de nosotros podíamos señalar era que habíamos tratado seriamente de considerar varias otras vocaciones y todas ellas habían sido descartadas.

¿Qué es, entonces, un llamado al ministerio? Cuando los estudiantes le preguntaron al finado pastor H. M. S. Richards (padre), del programa radial La Voz de la Esperanza (en inglés), si les aconsejaba estudiar teología, les dijo: "No, si pueden evitarlo". Con eso quería decir que si usted ha sido llamado al ministerio no podrá evitar llegar a ser un ministro.

Un predicador de antaño solía decir: "Yo llegué a ser un ministro del evangelio simplemente

porque, o llegaba a serlo, o estaba perdido eternamente. No quiero decir con esto que soy salvo porque predico el evangelio. Soy salvo simplemente gracias a la sangre expiatoria de Jesucristo y solamente por eso. Pero el hacerme cristiano y aceptarle a él como mi Salvador estaba relacionado con la predicación del evangelio. Durante muchos años había yo rehusado hacerme cristiano porque no quería predicar el evangelio, y yo sentía que si me hacía cristiano, debía predicar. La noche que entregué mi vida a Dios no dije, "aceptaré a Cristo" o "abandonaré mis pecados". Dije: "Predicaré".¹

Si usted anda forcejeando por allí, considerando, probando, tratando de hacer cualquier otra cosa, y todavía está allí esa persistente y silenciosa convicción de que debe ser un ministro, bien puede ser que haya sido llevado a ese punto de decisión por Alguien superior a usted o a mí.

♦ *El segundo obstáculo para llegar a ser un ministro es recibir una invitación al ministerio de la iglesia organizada.* Una vez más, el tiempo y la experiencia han demostrado que todo tipo de personas ha recibido invitaciones de la iglesia para ser ministros. Es probable que cualquiera pueda negociar este obstáculo también.

♦ *El tercer obstáculo es Dios mismo, que está junto a nosotros en una forma única, a medida que nuestro llamado llega a ser una realidad reconocida.* Este

obstáculo se presenta cuando una persona es ordenada al ministerio del evangelio, puesta aparte mediante la imposición de manos. Este es un momento solemne.

Nunca olvidaré algunas de las palabras del predicador el día de mi ordenación. Una de las cosas que dijo fue: "Será un gran día para los adventistas del séptimo día cuando la gente, al oír ese nombre, en vez de decir: 'Oh, ustedes son la gente que guarda el sábado en vez del domingo y que no come carne de cerdo', diga: 'Oh, ustedes son el pueblo que levanta a Jesús y tiene una estrecha relación con Dios'. Será un gran día para los adventistas cuando eso ocurra".

Habiendo mencionado los principales obstáculos que se presentan en el camino al ministerio, estamos listos para considerar cinco características distintas de un ministerio auténtico.

El ministerio auténtico es indispensable

Para el ministerio del evangelio genuino es crucial la comprensión de que los ministros no son simples vendedores de la organización. Somos ministros de Jesucristo. Norval Pease lo ha dicho muy bien: "Es fácil para la religión convertirse en un gran negocio, en el cual los dirigentes de la iglesia actúan como administradores más

que como guías espirituales; y los pastores degradados al nivel de vendedores de la organización; y los miembros y el público sirviendo como clientes... el único remedio para eso es un énfasis constante en Cristo y las grandes verdades inspiradas del evangelio".²

Algunos de nosotros hemos sido perturbados por aquellos que tienen una idea

iglesia, preocupación por llenar las bancas y por el evangelismo. Todas estas empresas son buenas, pero siempre estamos amenazados por la posibilidad de que Cristo esté parado fuera de la puerta de los edificios que hemos construido y en el trasfondo impreciso de nuestras estructuras organizacionales.

Hay algunos de nosotros que fuimos convertidos después que llegamos a ser ministros. Siempre recordaré a una piadosa anciana en mi primera iglesia que venía regularmente hasta la puerta de la iglesia a agradecerme por mi sermón. Luego añadía: "Será maravilloso el día cuando usted llegue a conocer a Jesús". ¡Es una experiencia dolorosa y abrumadora escuchar algo así! Pero era lo que yo necesitaba para ayudarme a comprender la diferencia que existe entre ser simplemente un supervendedor de la organización y un ministro genuino de Jesucristo.

Conocer a Jesús es algo que jamás podremos enfatizar demasiado. Si hay en nosotros algún deseo, si miramos ansiosamente hacia el cielo, y tenemos una respuesta de amor en nuestros corazones hacia Aquel que nos amó primero, sea ese deseo grande o pequeño, debemos seguir esa señal y continuar permitiendo que el Espíritu Santo haga su obra (quizá a través de nuestros propios miembros de iglesia) hasta que nos encon-

*Lo primero que debo
saber si quiero estar
seguro de que soy
un ministro auténtico
del evangelio es que he
encontrado la salvación.*

errónea de lo que significa progresar y tener éxito. El camino que conduce al éxito o hacia arriba no es estar detrás de un escritorio en algún lugar. El camino que conduce hacia arriba es donde está la gente. Como H. M. S. Richards (padre) decía en su oración: "Señor, sálvanos de empequeñecernos al convertirnos en grandes ejecutivos". Actualmente la iglesia está preocupada por la organización. Hay instituciones médicas y educativas, hay expansión mundial, edificios de

tremos arrodillados al pie de la cruz. Es el lugar más elevado que podemos alcanzar: arrodillados humildemente al pie de la cruz.

Conocer los esenciales

Lo primero que debo saber si quiero estar seguro de que soy un ministro auténtico del evangelio es que he encontrado la salvación. Esto significa que he experimentado el poder regenerador del Espíritu Santo y que estoy convertido. Debo saber, por mi propia experiencia, que Jesús siempre acepta a cualquiera que viene a él, no importa quién sea, qué haya hecho o dónde haya estado (Juan 6:37).

Es cierto que probablemente no podamos trazar exactamente las circunstancias que condujeron a nuestra salvación en Cristo, pero podemos saber si hemos sido convertidos o no. Podemos saber si Jesús es el foco y el centro absoluto de nuestra vida (1 Juan 5:11, 12). Podemos saber si tenemos un profundo interés en la Biblia (1 Ped. 2:2). Podemos saber si tenemos una vida significativa de oración (Juan 17:3). Podemos saber si una vida privada diaria con Dios es la prioridad suprema de nuestra vida (Luc. 9:23). Podemos saber si tenemos paz con Dios (Rom. 5:1). Podemos saber si tenemos un ardiente deseo de compartir las buenas nuevas (Mar. 5:19).

Podemos saber si nos amamos unos a otros (1 Juan 4:7; Juan 13:35).

Otra cosa que debemos saber si deseamos estar seguros de que somos ministros auténticos del evangelio es que estamos siendo salvados. La vida cristiana y el ministerio son mucho más que simplemente venir a Cristo. Está además el importante asunto de permanecer realmente en Cristo. "El que tiene al Hijo

él venga. Cuando estamos seguros de esto, nos entran fervientes deseos de comunicarlo a otros. 1 Juan 2:28 se ha convertido últimamente en mi texto favorito. ¡Léalo! ¡Compártalo con otros! ¡Anúncielo desde los tejados! ¡La certeza de que sólo nos quedan unos pocos años sobre el planeta tierra es una fantástica noticia que la gente necesita escuchar!

Mantener las prioridades con acierto

¿Qué en cuanto a la vida y nuestro trabajo diario como ministros? Algunos de nosotros hemos visto útil dividir el día en cuatro partes. De 6.00 a 10.00 de la mañana, tiempo para estudio, oración y meditación. De 10.00 a 2.00, que es el centro del día, tiempo para administrar las cosas pequeñas, escribir cartas, afilar lápices, etc. De 2.00 a 6.00 de la tarde visitación y estudios bíblicos, y de 6.00 a 10.00 de

la noche reuniones y/o más visitación y estudios bíblicos.

Es posible que ante todo esto un ministro diga: "¿Qué clase de vida es esa? ¿Dieciséis horas de trabajo al día?" Por supuesto, un ministro toma tiempo de esas cuatro secciones para comer, para la familia, y para hacer ejercicio. La organización diaria nos salva de afilar lápices todo el día en vez de hacer esa importante visita al hospital. También he encontrado que para mi iglesia es importante saber

*No puede haber una
situación más triste
y sin esperanza que
estar en el ministerio
evangélico y no
conocer a Dios.*

tiene la vida" (1 Juan 5:11, 12) y aquel que no tiene una continua relación con el Hijo, no tiene la vida. Pablo usa un lenguaje un tanto fuerte para decirnos que conocer a Cristo sobre una base permanente lo es todo. Todas las demás cosas que pensamos no tienen más valor que la "basura" (Fil. 3:8).

La tercera cosa que debemos saber si queremos estar seguros de que somos ministros genuinos del evangelio es que iremos con Jesús cuando

que yo paso la primera parte del día permitiendo que mi alma se equilibre con mi cuerpo.

Otra cosa muy importante es estar profundamente agradecidos por estar en la obra del ministerio. Si estamos involucrados en la obra de Dios, estamos empeñados en la única obra que nos impulsará a caer de rodillas, lo cual es una gran bendición. Si alguien desea saber de verdad lo que dice la Lección de la Escuela Sabática, lo que necesita hacer es estudiarla para enseñarla. Si queremos saber de verdad lo que la Biblia dice, nos dedicaremos a ser ministros del evangelio y entonces será necesario saber lo que dice realmente. Si deseamos saber cómo tener una profunda experiencia con Dios, nos involucraremos tiempo completo en su obra y, a causa de esta experiencia, seremos atraídos a Dios. No puede haber una situación más triste y sin esperanza que estar en el ministerio evangélico y no conocer a Dios. Tarde o temprano ocurrirá una de dos cosas: desertaremos o entraremos en una comunión estrecha con él y con los demás.

Conocer a la gente profundamente

El ministerio auténtico quiere conocer a otros mucho más profundamente que por la simple charla casual. Nuestro mundo está lleno de gente que no conoce nada más que eso. Hay tres clases de comunicación: de boca a boca, de cabeza a cabeza y de corazón a

corazón. La comunicación de boca a boca es la charla trivial:

- Hola.
- ¿cómo estás?
- muy bien
- nos vemos.

Cosa que no vale mucho.

El segundo nivel de comunicación va más allá. Se dirige a la cabeza, es más filosófico:

- ¿Qué piensas de lo que ocurre en el Medio Oriente?
- ¿Qué piensas de las elecciones?
- Oh, ¿eso crees?
- Bueno, esto es lo que yo pienso...

Así nos comunicamos con la cabeza.

El nivel más profundo de comunicación, donde está verdaderamente la vida, es la comunicación de corazón a corazón. Aquí la gente puede hablar con sus semejantes acerca de su salud y de las cosas espirituales. Si usted está involucrado en la obra del ministerio, debería utilizar el nivel más profundo de comunicación. ¡Es emocionante y significativo!

Reconocer la recompensa

El salario del ministro es mucho más que dinero. El día de pago llega cuando alguien le dice: "Gracias por llevarme a Jesús". La paga se recibe cuando una persona viene a usted y lo maldice porque usted representa a Dios y ella lo odia a él. ¡Pero vuelve de nuevo, vez tras vez, sólo para maldecirlo una vez más! Usted ve que poquito a poquito se va desmoronando. Ve al Espíritu haciendo su obra. Luego ocurre que un día

esta persona se le acerca y le dice:

- Ya dejé la droga.

Y usted responde:

- Alabado sea Dios.

Pero ella replica:

- ¡No, no alabe a Dios!

¡Yo solo lo hice!

Y usted se excusa diciendo:

- Discúlpeme.

Usted sigue orando, y observando. Entonces un día viene otra vez y declara:

- Está bien, me doy por vencido, no puedo seguir solo. Necesito a Dios.

Y usted le pregunta:

- ¿Podemos orar esta vez?

Y ella responde:

- Está bien.

Entonces los dos se arrojan y oran, y después de decir amén, la persona dice:

-Gracias. Esto es maravilloso.

Y el proceso continúa hasta que finalmente un día usted la conduce hasta las aguas del bautismo. ¡Ese es el verdadero día de pago! Todo el dinero del mundo no podría pagar el precio de esa maravillosa experiencia.

Esto es lo único que cuenta. Esto es ministerio auténtico.

Referencias

1. R. A. Torrey, *The Holy Spirit: Who He Is, and What He Does* (New Jersey: Fleming H. Revell Co., 1927), pág. 36.
2. Norval Pease, *By Faith Alone* (Mountain View, Calif.: Pacific Press Publishing Association, 1962), pág. 222.

Fantasmas en el camino al púlpito

CALVIN J. THOMSEN
Y
RICHARD A. BLACKMON

Cómo manejar los fantasmas psicológicos y familiares que influyen en la decisión de llegar a ser pastor.



Calvin Thomsen, D. en Min., es pastor titular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Vallejo Drive en Glendale, Ca. EUA.

Richard A. Blackmon, Ph.D., es psicólogo clínico especializado en los ministros y sus familias. Vive y ejerce en Pasadena y Westlake Village, Ca., EUA.



El llamamiento al ministerio, a semejanza de la encarnación, implica una combinación misteriosa de palabra y carne. Aunque probablemente la mayoría de los pastores no podría referir una historia de cómo fueron cegados sus ojos por una luz proveniente del cielo o sus labios tocados por una brasa sacada del altar que está delante del trono de Dios, se consuela con saber que tiene algo en común con Pablo o Isaías. Su decisión de entrar en el ministerio no fue simplemente el resultado pragmático de un test vocacional. Fue más bien una respuesta a un llamamiento de Dios.

Hay, sin embargo, un elemento humano en el llamamiento al ministerio, una colección rara vez reconocida de "fantasmas" que pueden acompañar al pastor en su camino tanto hacia el estudio como hacia el púlpito. Estos son los fantasmas de los papeles familiares que aprendimos en la infancia, de las expectativas de los padres, de los conflictos familiares no resueltos y de los profundos anhelos emocionales que claman pidiendo satisfacción. Estos fantasmas, firmemente afrontados y correctamente manejados, pueden ayudar a los pastores a ser más humanos, a desarrollar compasión, y a dar al ministerio de un individuo su forma única y singular. Pero si se les deja seguir su dinámica natural, pueden también atormentar al ministro, minar su efectividad, desmoralizarlo, e in-

cluso, sabotear su carrera ministerial. Son, con frecuencia, los silenciosos espectros que están detrás del agotamiento nervioso del pastor, la depresión y el sufrimiento emocional crónicos, y todo tipo de comportamientos extraños y autodestructivos que han expulsado a muchos pastores de sus púlpitos.

Desde la perspectiva complementaria de un psicólogo y un pastor activo, nos hemos mantenido en estrecho contacto con los diversos problemas que afectan a los ministros. Al escuchar las experiencias de incontables pastores que sufren, hemos llegado a convencernos cada vez más de cómo las fuerzas familiares ocultas del pasado afectan al ministerio actual. J

La senda que conduce al ministerio: fantasmas del pasado

A continuación están siete "caminos comunes que conducen al púlpito". Los mismos encarnan algunos de los asuntos psicológicos y familiares que influyen la decisión de llegar a ser pastor; independientemente de su origen, Dios puede transformar esta decisión para utilizarla en su causa.

1. El héroe familiar. *Donaldo, realizador brillante y bien dotado, estaba profundamente tenso porque sus esfuerzos por conducir a la armonía a la dividida iglesia que pastoreaba resultaban inútiles.*

En un punto particularmente doloroso del conflicto en la iglesia fue claramente consciente de que estaba experimentando las mismas emociones que había sentido en su niñez cierta vez que sus padres habían peleado. El había esperado que sus esfuerzos por reconciliar a sus padres lograrían mantener unida a la familia y alejaría la nube de la vergüenza. Cuando sus padres se divorciaron, sintió una profunda sensación de fracaso personal.

Los pastores que han desempeñado el papel de héroes o mesías familiares durante la etapa del crecimiento pueden haber sido grandes realizadores que hicieron que sus padres se enorgullecieran de ellos. Es posible que hayan funcionado como terapeutas de la familia, que calmaban las tormentas e inconscientemente se esforzaban por unir a las personas. En algún momento pueden haber descubierto que el ministerio era una forma de hacer una carrera a partir del rol mesiánico que desempeñaron en el seno familiar. Tanto el aplauso como la sensación de presión que experimentaron con sus familias los llevaron consigo al ministerio.

Para tales héroes familiares el ministerio puede llegar a ser una auténtica carga. Congregaciones veleidosas pueden retirarle su devoción, dejando al héroe de antaño con una sensación de desolación. Rescatar a todas las personas que sufren en una congregación puede ser una carga aplastante e imposible de llevar. Los héroes familiares tienden a

menudo a sobrecargarse de funciones, asumiendo toda carga posible en la iglesia. Sienten agudamente toda falta de aprecio de parte de sus miembros y son especialmente proclives al agotamiento nervioso.

2. La conversión dramática. *La juventud de Carlos estuvo saturada de carros deportivos y veloces, mujeres, alcohol, y algunas drogas. A los 19 años aceptó a Cristo. El cambio en su vida fue dramático. Se unió a una iglesia evangélica local, pasaba muchas horas estudiando la Biblia, y se involucró activamente en la testificación. Pronto llegó a la convicción de que Dios lo estaba llamando al ministerio y se preparó en el seminario. Su cálida personalidad, su carisma, su estilo personal ágil conquistaron a sus dos primeras congregaciones. Pero durante su tercer pastorado, ya para entonces tenía cerca de cuarenta años, se dio cuenta que algo faltaba en su vida. Mucho de lo que se le exigía como ministro lo sentía como una carga y lo consideraba artificial.*

Una experiencia dramática de conversión a menudo estimula la decisión de llegar a ser un ministro. Pero este tipo de pastores muchas veces se mete en problemas cuando el encanto de la experiencia de su conversión inicial se disipa. Es posible que dedique muchos años al ministerio pastoral luchando con un insistente sentido de desequilibrio que en algún momento puede provocar una crisis.

3. Las luces del escenario.

José entró al ministerio pastoral después de haber sido músico evangélico. Conocía muy bien las luces del escenario, pues había viajado extensamente de iglesia en iglesia como niño cantor. Muchos de aquellos que le habían oído cantar en su juventud se habían deleitado con su maravillosa voz, su capacidad histriónica, y su sincero amor por el Señor. Muy a menudo le insinuaron la idea de ser un ministro.

Como músico evangélico, y después como pastor de iglesia, José pudo vivir la experiencia de su niñez de ser la figura principal del escenario. Le encantaba la respuesta entusiasta de la congregación. Pero en el momento en que los reforzadores positivos de sus emociones no llegaban, luchaba con la depresión y con frecuencia ponía en operación su carisma para reafirmar su yo.

Los pastores que crecieron ante las candilejas muchas veces son ejecutores muy bien dotados y líderes carismáticos. Muchos de ellos se esfuerzan por obtener un alto nivel de lealtad de parte de sus congregaciones, y muchos son líderes efectivos. Pero algunos llegan a ser excesivamente dependientes de la aprobación de la congregación. Otros tienen la tendencia a confiar más en el encanto personal que en el buen sentido. Otros se vuelven controladores, manipuladores, e incluso seductores. Este sendero puede conducir a un estilo narcisista y sediento de poder. Muchas de las bajas producidas entre los pastores



por violaciones a las normas sexuales ocurren entre los pastores que caen dentro de estos patrones.

4. La expiación perfecta.

Miguel había luchado con la pornografía desde su adolescencia. Trataba en vano de controlar su deseo de leer literatura sexualmente explícita. Finalmente hizo un trato con Dios, prometiéndole llegar a ser pastor si le daba la victoria sobre este problema. El trato funcionó durante varios años, hasta que se vio obligado a separarse de su esposa durante dos meses por la enfermedad de la madre de ella. Fue entonces cuando cedió a la tentación de la pornografía. El resultado fue una terrible depresión y una sensación de crisis en cuanto a su llamado al ministerio.

Algunas veces una persona entra en el ministerio llevando a cuestras el trasfondo de dolorosas luchas personales e incluso desgracias familiares como la infidelidad paternal. Estas personas perciben su entrada en el ministerio — a veces inconscientemente — como una forma de ganar el favor de Dios e incluso su poder para vencer su vergüenza personal. El ministerio puede verse incluso como una ofrenda, ya sea personal o familiar, como la oportunidad de reemplazar a una persona que trajo desgracia a la familia con alguien que producirá brillo y esplendor y hará expiación ante el mundo observador.

Los pastores que tienen esta motivación para enrolarse en el ministerio pueden cegar-

se a sí mismos frente a sus propias debilidades y volverse duros e implacables con los pecados de otros. Algunos, a medida que sus problemas no resueltos con el pecado aumentan, pueden luchar con la ira, sintiendo que Dios no ha cumplido su parte del compromiso.

6. El cónyuge sustituto.

El padre de Enrique, como muchos otros hombres, con frecuencia era reservado, poco comunicativo, y totalmente desinteresado en la religión o en las artes. Rara vez expresaba sus afectos, y su estilo indiferente dejaba a su esposa hambrienta de afecto. A medida que Enrique crecía, se vio claramente que poseía muchos rasgos de los cuales carecía su padre. Era expresivo, interesado en los demás, creativo, y profundamente espiritual. Se volvió cada día más importante para su mamá. Ella encontró en él la realización emocional que anhelaba tan desesperadamente y que no recibía de su esposo. Enrique llegó a ser un ministro. Las mismas cualidades que habían sido tan apetecibles para su madre fueron apreciadas por la congregación.

Algunos pastores pueden describirse como "la clase de hombre que mamá hubiera deseado que papá fuera". Este rol de los adultos, colocado sobre los niños, puede crear una sensación de responsabilidad muy precoz, así como una notable inclinación a servir a otros. Puede también conducir a estas personas a encarnar

rasgos de carácter asociados a menudo con el sexo opuesto — el sexo de quien lo utilizó como cónyuge sustituto.

Estas personas pueden traer al ministerio recursos que los hacen más efectivos que un individuo cuyo género sea estereotipado. Pero también pueden experimentar una sensación de desequilibrio personal. Es posible que tales pastores luchen en su intimidad con un sentimiento de alienación frente a los compañeros del mismo sexo o de su propia sexualidad. Algunos tendrán un profundo deseo de ser simplemente "uno de los muchachos". Otros buscarán un mentor del mismo sexo, mientras que algunos más pueden tener una vena oculta de ira contra miembros del sexo opuesto que afecta sus relaciones personales y también con la congregación. Algunas luchas con la tentación sexual pueden estar relacionadas con este problema.

6. El manto familiar.

Roberto, cuya familia extendida incluía varios pastores, fue dedicado por su madre para ser pastor desde el momento de nacer. Nada indicaba en su niñez o en su juventud que tuviera un gran potencial para el ministerio. Pero con mucha fidelidad terminó toda su educación en el seminario y entró al ministerio. El cumplió el destino que su familia le había asignado, aun cuando en su corazón anhelaba ser instructor de golf.

Cuando se pide a los pastores que describan su árbol familiar, casi siempre se en-

cuentra la presencia de una "persona santa", como un pastor o un sacerdote, en todas las generaciones cuyos registros existen. Algunas veces el "llamamiento" viene poco después de la muerte, la jubilación o el fracaso vocacional de un líder espiritual de una generación previa.⁷ Otras profesiones pueden pasar de una generación a otra, pero con el ministerio habrá un problema especial a causa del aura espiritual que está ligada con el manto pastoral. Lo que se considera como llamamiento de Dios es probable que tenga que ver más con las necesidades y expectativas de la familia que con los deseos y aptitudes del individuo. El manto puesto sobre él puede llegar a ser un sudario mortal que sofoca la vitalidad personal y profesional.

Confrontar a los fantasmas

Los pastores que luchan con una crisis en su llamamiento pueden encontrar muchas veces sanidad emocional y una sensación de que los propósitos y las satisfacciones se han renovado al enfrentar "los fantasmas del pasado". Los siguientes pasos pueden facilitar este proceso restaurador.

1. Vaya a su casa y hágale frente a sus "fantasmas". Los pastores que buscan liberación de sus fantasmas familiares deben "volver al hogar de nuevo". La vuelta al hogar, en este caso, significa reconectarlo con la energía emocional de las fuerzas familiares que han impactado la decisión de llegar a ser pas-

tor. Puede significar una visita al hogar, escribir cartas, o pasar tiempo con el álbum familiar y los registros históricos de la familia. Puede significar también revisar el árbol genealógico de la familia, para encontrar patrones en medio de la aparentemente rara interacción de roles y responsabilidades.

Pedimos a los pastores que intentan este tipo de "vuelta al hogar" que estudien los temas más importantes del drama familiar. Todos los tipos de familia se caracterizan por poseer patrones predecibles de interacción emocional que se repiten en las subsecuentes generaciones. Estos patrones son tan notablemente elásticos, que ni siquiera la infusión de sangre nueva puede cambiarlos. Las luchas, los papeles, las batallas dramáticas, los fracasos y los éxitos vuelven a repetirse. La religión en general y las decisiones de entrar al servicio religioso denominacional en particular, con frecuencia desempeñan una función clave en los dramas familiares. El objetivo de esta "vuelta al hogar" es ayudar a los pastores a incrementar su nivel de auto-conciencia y llegar a ser expertos en el reconocimiento de sus propios fantasmas.

2. Practique un nuevo papel en su familia. La persona que está inmersa en un rol predecible en la familia y no puede librarse de él, es posible que reviva esa misma experiencia en el ministerio. Los pastores que pueden redefinirse a ellos mismos y obtener mayor flexibilidad den-

tro de la familia que los formó, es posible que experimenten más libertad en el ministerio. Un pastor fue alentado a volver a una reunión familiar y "reencontrarse con su propio problema". Terminó pidiendo consejo a los sorprendidos miembros de la familia que estaban acostumbrados a recurrir a él en busca de consejo. Comenzó a dar a conocer algunas de sus propias luchas. Permitted que otros miembros de la familia dirigieran las oraciones familiares y el culto. Trató de pasar tiempo con varios miembros de la familia, pero se negó a adelantarse y desempeñar el rol de rescatador cuando se producía entre ellos un conflicto significativo. Hubo ocasiones cuando se encontró a sí mismo deslizando en su vieja función familiar, pero pudo reconocerlo cuando ocurrió. El volvió a su iglesia sintiéndose más relajado, más real, y en paz con Dios y con el ministerio.

3. Desarrolle una identidad y una vida personal distinta de la de su congregación. Los ministros pueden volverse problemáticos porque las barreras entre la iglesia, la familia del pastor y el pastor como individuo, con frecuencia se han vuelto confusas. Los fantasmas del camino se vuelven más activos en las fronteras ambiguas. Muchos pastores descubren que su sentido de identidad personal está casi enteramente atado a su función como ministro.

El pastor que desarrolla recursos significativos de satisfacción e identidad que no in-

volucran a la iglesia es, paradójicamente, más probable que disfrute más el ministerio y sea más efectivo. Un pastor que estaba anclado en el rol de superestrella fue grandemente beneficiado por un grupo de apoyo compuesto por personas que no tenían desafiar su sentido de grandeza.

4. Desarrolle una vida espiritual "no profesional". Siendo que la búsqueda espiritual es un rico nutriente para el desempeño profesional, el ministerio puede ser peligroso para la espiritualidad personal. Es difícil estudiar sencillamente la Biblia sin pensar en la forma en que un texto en particular pudiera desarrollarse para preparar un sermón. Los pastores aprenden a predicar, a orar, y a cumplir una variedad de funciones espirituales efectivamente aun cuando se estén sintiendo espiritualmente vacíos. Puede llegar a ser muy difícil saber dónde termina el rol profesional y dónde comienza la experiencia personal de uno con Dios. Una espiritualidad "profesionalizada" puede erosionar finalmente tanto la espiritualidad personal como el desempeño profesional.

5. Use la dinámica de la vida congregacional como

catalizador para una mayor autodefinición. Las congregaciones pueden reflejar los más dolorosos conflictos que los pastores experimentaron en su vida familiar. Pero pueden proveer también un marco donde éstos aprendan a ser más asertivos y reaccionar menos ante los estímulos externos. La gente difícil, las expectativas poco realistas, y la intensa reactividad emocional que a menudo caracterizan la vida de la congregación pueden dejar emocionalmente exhausto a un pastor. Pero si éste usa la congregación como una oportunidad para aprender acerca de la forma en que la gente actúa, a fin de experimentar con nuevos estilos de respuesta, puede descubrir que es un marco a la medida para el crecimiento que tanto necesita para liberarse de los fantasmas que encuentra en el sendero.

6. Desarrollar razones prácticas que produzcan un sentido de autorrealización, para ser pastor, que sean diferentes de las sendas originales. Hay muchas razones para disfrutar del ministerio. Entre ellas está el deseo de trabajar con la gente, el amor a la enseñanza, o una preferencia por los horarios flexibles y

los roles fluidos. Los pastores que reconocen estas razones poco espectaculares para disfrutar del ministerio a menudo experimentan una mayor sensación de paz espiritual y llamado divino. Aquellos que luchan perpetuamente para instilar en su ministerio un drama que consideren acorde con una conversión dinámica o con la gloria del reino, pueden ser más vulnerables al fracaso pastoral.

Algunos pastores que trabajan en función de los problemas suscitados por sus fantasmas llegan a la conclusión de que nunca podrán hacer suyo el ministerio. Ellos pueden salir sin una pesada nube de culpabilidad y fracaso. Pero la mayoría, según hemos observado, descubre una nueva libertad y sentido de realización en el ministerio a medida que se sacuden las misteriosas fuerzas que han contaminado su sentido de llamado.

Tanto la "palabra" como la "carne" del llamado pastoral pueden ser la oportunidad para que Dios obre. Correctamente entendidos, estos componentes pueden obrar juntos para equipar al individuo a fin de que pueda compartir las buenas nuevas del reino.

Una espiritualidad "profesionalizada" puede erosionar tanto la espiritualidad personal como el desempeño profesional.

Cómo medir el éxito en el ministerio

STEVE WILLSEY

Después de luchar durante muchos años, he hallado el camino

Steve Willsey es pastor asociado de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Spencerville, Maryland, EUA.



Cuando decidí dejar mi posición como pastor titular de una iglesia para aceptar el cargo de asociado en otra, mis amigos pensaron que me había vuelto loco y que estaba poniendo en serio peligro mi carrera. Fue difícil para mí tomar esta decisión; pero seguramente habría sido mucho más hace algunos años. Sin embargo, mi vida y mis intereses han cambiado; ahora tengo una idea más clara de quién soy realmente y de la forma en que puedo usar mejor los dones que Dios me ha dado. El conocimiento de la historia de la forma en que la ambición me impulsó a buscar el éxito, sería desalentador para los miembros que quieren creer que sus pastores están impulsados por motivos más puros. Espero que mi historia sea útil.

Desde muy temprano en mi vida me fijé el objetivo de alcanzar el éxito. Para mí, eso significaba llegar a ser un líder bien pagado y altamente respetado. Recuerdo que mientras crecía soñé muchas veces con llegar a ser presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. Cuando me gradué en el seminario, mis objetivos cambiaron para adaptarse a mi profesión, pero todavía tenía la intención de escalar tan pronto como fuera posible los más altos puestos de la jerarquía eclesiástica. Con el tiempo, deseé pastorear una gran iglesia y de esa posición llegar a ser departamental de la asociación y eventualmente, presidente. Incluso se-

cretamente llegué a soñar con ser presidente de la Asociación General, para coronar una exitosa carrera. Yo creía conocer algunos de los requerimientos para alcanzar el éxito: acumulación de buenos registros de bautismos, sobrepasar mis blancos de recolección y del número de suscripciones de revistas misioneras, así como el reconocimiento general de ser un pastor innovador, pero leal.

Éxito y status

Un gran paso hacia la realización de mis sueños lo di un año después de salir del seminario. Acepté el llamado para ser secretario-tesorero de una misión de ultramar. Después de cinco años, mientras estaba disfrutando de mis vacaciones largas, fui elegido presidente de aquella misión. Yo estaba encantado y comencé a planear las innovaciones que introduciría para promover el crecimiento y lograr el respeto que ambicionaba.

Mi emoción duró poco. El gobierno de aquel país, recién independizado y pro-marxista, se exasperó porque los adventistas habían nombrado a un extranjero como líder de la iglesia. Con el tiempo me vi forzado a admitir que mi liderazgo no habría sido ejercido en aras de los mejores intereses de la iglesia. Mi nueva asignación fue pastorear dos iglesias. Mi esposa dice que estuve deprimido los primeros seis meses después de aquel cambio. Cuando nos dieron retorno permanente a

los Estados Unidos, mi búsqueda del éxito recomenzó con nuevo frenesí. Yo tenía apenas poco más de 30 años y tenía suficiente tiempo para ganar la estima de "los hermanos" a fin de lograr mis objetivos. Ya había establecido hábitos de trabajo que me mantenían lejos de mi casa durante largas horas. Al parecer, había desarrollado un caso claro de "adicción al trabajo". Introduje todo tipo de programas en mi iglesia con el propósito de asegurarme de que tuviésemos los mejores registros en la asociación.

Cuando pienso en aquellos años, me pregunto cómo pudo tolerar la congregación todo lo que les imponía. En general, aceptaban mi liderazgo y abrazaban mis planes. Quizá ellos también tenían delirios de grandeza. ¿O será que estaban realmente entregados al cumplimiento de la comisión evangélica? Tengo una deuda de gratitud con todos aquellos miembros por su bondadosa condescendencia.

Las reuniones mensuales de obreros que se llevaban a cabo en las oficinas de la asociación eran, para mí, oportunidades para darme a conocer. Si el presidente de la aso-

ciación me daba una palmadita en la espalda, lo tomaba como una señal de aceptación. Y si me pedía que tu-

salía de la reunión luchando para vencer la depresión.

Después de tres años de haber iniciado mi primer pastorado, no había sido elegido todavía para ninguna posición en la asociación, y comencé a preguntarme qué estaría fallando. Me llegó un llamado para ser pastor en una pequeña asociación del Medio Oeste. Le pedí consejo por teléfono a un amigo que ya había sido elegido para un puesto en las oficinas de la asociación. "Será más fácil para ti si estás en una asociación más pequeña donde no haya muchos competidores para las posiciones que pretendes" dijo. Parecía un tanto arriesgado, pero como el consejo me lo había dado alguien a quien yo admiraba, acepté el llamado.

Siendo que la nueva congregación era una de las iglesias más grandes de aquella pequeña asociación, su pastor automáticamente tenía un puesto en la junta de la asociación y en la de la academia. Me parecieron muy estimulantes las reuniones de la junta. Mis sentimientos más íntimos me decían que estaba a punto de lograr aquello que estaba predestinado para mí. Imagínese la sensación de realización que experimenté cuando el presidente de la asociación se

*Desde
muy temprano
en mi vida me fijé
el objetivo
de alcanzar
el éxito. Para mí,
eso significaba
llegar
a ser un líder
bien pagado
y altamente
respetado.*

viera una parte en el programa del día, por insignificante que fuera, consideraba que había aventajado a mis colegas que también aspiraban a lo mismo. Yo codiciaba la posición que ocupaba un joven "predilecto" a quien generalmente le reconocían logros sobresalientes. Cuando era honrado por algo, me sentía eufórico; si era ignorado,

sentó junto a mí un día, mientras instalábamos las carpas del campamento, y me pidió que considerara la posibilidad de cambiarme a las oficinas de la asociación como director departamental. No había necesitado mucho tiempo para convencerse de que me necesitaban.

Sin embargo, para mi mala fortuna, antes de que la junta se reuniera para considerar el asunto, el presidente de la unión convenció a los dirigentes de todas las asociaciones que ya era tiempo de que se reestructurara el campo y se fusionaran las asociaciones para aprovechar mejor los recursos disponibles. Con celeridad vertiginosa nuestra unión se fusionó con otra, y varias asociaciones locales, incluyendo la mía, hicieron lo mismo. Ahora había demasiados directores departamentales para las pocas posiciones disponibles, y yo fui eliminado de cualquier consideración al respecto. De hecho, mi presidente también tuvo que cambiarse de allí.

Cuando me llegó un llamado para ir a otra asociación como pastor de una iglesia mucho más visible en la costa del Este, necesité muy poca persuasión para aceptar. Sin embargo, poco tiempo después de iniciar mi ministerio en esa iglesia comenzó a ocurrir una transformación en mi vida que me obligó a hacer un nuevo examen de mis prioridades. Hasta ese momento mi seguridad espiritual se había basado en las buenas obras.

Por supuesto, en todo aquello no había seguridad

personal, y yo tenía una imagen de Dios más bien negativa. El Espíritu Santo había estado tratando de alejarme de la "justificación por las obras". Era el profundo sentimiento de insatisfacción que él había implantado en mi vida lo que me había preparado para recibir el mensaje de Dios cuando él me habló, como si fuera una experiencia en el camino de Damasco. "Tus buenas obras nunca serán suficientes", le oí decir, "la salvación está en lo que yo hice en el Calvario, no en lo que tú hagas".

Seguridad al final

La seguridad se extendió sobre mi ansioso espíritu. Experimenté una satisfacción y una paz que no había sentido nunca en mi vida. Pronto tuve un cambio en mi concepción de Dios, el rol de la iglesia, e incluso mi estilo de ministerio. Mi ambición centrada en el yo no había sido del todo erradicada, pero cuando miro hacia atrás, puedo ver que el Espíritu tenía el propósito de reformar completamente mi vida.

Más tarde, cuando leí acerca de la importancia de "ser" en vez de "hacer", supe que el Espíritu había elegido ese mensaje para mí. Rara vez había yo considerado el estudio de la Biblia, la meditación y la oración como una parte importante que debía ser incluida en mi programa pastoral diario. Aun cuando yo comenzaba el día con un período de estudio de la Biblia y oración, mis hábitos devocionales, en sí mismos, no tendían hacia una apertura real hacia Dios. Poner a un lado mi

apretado programa diario para estar a solas con Dios no se me ocurría como algo que fuera realmente productivo.

A medida que mi imagen de Dios cambiaba, creció en mí un deseo de conocerlo mejor. "Permaneced en mí, y yo en vosotros" (Juan 15:4) se convirtió en un lema y un compromiso que me propuse tomar en serio. El intento de mantener un equilibrio entre el ser y el hacer no fue fácil, pero comencé a sentirme menos culpable cuando presté más atención a mi propia peregrinación espiritual, incluso durante las horas más productivas del día. También aprendí que una de mis necesidades más importantes era pasar tiempo regularmente en oración intercesora, lo cual era difícil porque yo siempre había sido un activista.

Nuevos descubrimientos

Junto con la atención que yo brindaba a mi desarrollo espiritual, surgieron oportunidades para descubrir cosas en mí mismo que habían estado ocultas antes. En un seminario para aprender a manejar conflictos, descubrí que mi estilo era buscar formas de crear armonía. Toda confrontación me hacía sentir incómodo, razón por la cual dirigir la junta de la iglesia había sido para mí una tarea particularmente gravosa. Después de hacerme una buena introspección, caí en la cuenta de que yo disfrutaba los aspectos pastorales de mi ministerio mucho más que las funciones administrativas. Visitar a los miembros en sus hogares, donde podía ofrecer-

les palabras de aliento y darles orientación espiritual, me hacía sentir realizado.

Si había de ser sincero con los descubrimientos relativos a mi propia persona, tenía que abandonar la noción de que el éxito se mide por la cantidad de poder y reconocimiento que uno pueda obtener. El moverme hacia abajo no tenía mucho sentido en el mundo que yo había conocido, pero mis valores estaban cambiando. Todavía luchaba para mantener el equilibrio entre el ser y el hacer. Mis hábitos de trabajo me producían sentimientos de culpabilidad si no me mantenía constantemente activo, pero había comenzado a desarrollar un nuevo ritmo que estaba yo determinado a cultivar, con la esperanza de que pronto encontraría la paz con Dios y conmigo mismo.

La idea de un cambio de posición comenzó a interesarme. Durante ese tiempo estaba yo trabajando para obtener un grado académico. El proyecto consistía en desarrollar un programa modelo que los pastores pudieran utilizar para presentar las disciplinas espirituales que fortalecieran nuestras relaciones con Dios. Personalmente había disfrutado muchísimo de mi proyecto y deseaba usarlo en un nuevo

estilo de ministerio. Quizá necesitaba buscar una posición como pastor asociado, en la cual pudiera especializarme en aquellas áreas del ministerio que se adaptaban mejor a mis talentos y a mi temperamento.

Como sentíamos que el

mente. Durante diez años habíamos ministrado una congregación urbana, mientras vivíamos en los suburbios. La sorpresa que Dios tenía para mí fue la oportunidad de unirnos a un equipo de pastores que se encontraba a sólo tres kilómetros de donde vivíamos. Una iglesia suburbana había estado experimentando un crecimiento espectacular en los últimos años. Yo fui entrevistado y llamado. Desde el momento que entramos por las puertas de aquella iglesia nos sentimos en casa.

Mi sueño de éxito finalmente se había convertido en realidad. Me sentía completamente realizado en mi función de pastor asociado dedicado a visitar y ayudar a los miembros, haciendo aquello que más disfrutaba. Mi obra no es menos agotadora. De hecho, las horas, algunas veces, se prolongan más de lo debido. Pero las satisfaccio-

nes también son mayores. Hoy todo es completamente diferente de lo que había planeado en los primeros años de mi vida, y se ajusta mejor a los valores del ministro que he llegado a ser desde que Dios se me reveló como el Salvador amante y accesible que nunca antes había conocido.

*Hoy todo es
completamente diferente
de lo que había planeado
en los primeros años
de mi vida, y se ajusta mejor
a los valores del ministro
que he llegado a ser
desde que Dios se me
reveló como el Salvador
amante y accesible
que nunca antes
había conocido.*

cambio de pastor titular a pastor asociado requeriría cambiarme a un lugar relativamente distante, mi esposa y yo comenzamos a pensar en el dolor que experimentaríamos al desarraigarnos del lugar donde ya habíamos permanecido diez años. Pero Dios tenía una gran sorpresa en

Un porvenir hipotecado

La niñez en peligro

ANTONIO ESTRADA M.

Un especialista analiza las causas y los efectos de una tragedia familiar: El maltrato infantil

Antonio Estrada M. Ph. D., se desempeña actualmente como profesor de la Maestría en Relaciones Familiares de la Universidad de Montemorelos, México.



Una afligida madre compartía conmigo sus preocupaciones por su hijito de apenas 6 años. El niño se mostraba muy agresivo con ella, con su hermanita y con sus compañeros en la escuela. Una de sus frases favoritas era: "Te voy a matar." También le preocupaba a esa madre que el pequeño le preguntara con frecuencia:

— ¿Cuándo voy a tener músculos grandes y mucha fuerza?

— ¿Para qué? — le preguntaba la madre.

— Para castigar duramente a mis hijos cuando sea grande — contestaba.

La preocupación de aquella madre era justa, y era necesario hacer algo con urgencia. Esa pequeña vida comenzaba a crecer y perfilarse como un peligro social muy serio.

Pero, ¿qué en cuanto a las causas? Tras una breve indagación descubrimos que el niño era víctima del maltrato en el hogar. La violencia verbal y física eran el pan de cada día para ese pequeño ser.

Este, desafortunadamente, no es un caso aislado. Los periódicos nos despiertan a una cruda realidad cotidiana al relatar crueles abusos perpetrados contra algún indefenso niño. Lamentablemente, esto no ocurre de vez en cuando; lo que ocurre es que estos tristes casos sólo de vez en

cuando llegan al conocimiento de las autoridades o de los medios de información. La dramática realidad es que en el mundo de hoy, el así llamado civilizado, el de las luces, los niños son cotidianamente víctimas del maltrato emocional y físico. Y todavía peor, del abuso sexual de parte de sus propios padres o de alguna persona significativa para ellos.

La realidad

La American Medical Association, informa que más de un millón de niños son maltratados anualmente en Estados Unidos, y que entre 2,500 y 5,000 mueren por esa causa. *The New York Times* informaba en 1988 que sólo en Nueva York, cerca de 100,000 niños fueron maltratados ese año.¹ En una encuesta realizada en Corea, en 1986, se encontró que el 66.2 % de los niños era objeto de maltrato físico.² Por su parte, Sariola y Uutela³ encontraron en Finlandia que en una muestra de 400 alumnos de una población compuesta de 9,000 personas, el 72% contestó que eran objeto de algún tipo de la así llamada "violencia menor", y un 8% de maltrato severo.

Por lo que respecta a Costa Rica, la Suiza Centroamericana, sólo en el Hospital Nacional del Niño se reciben 10 casos semanales de niños maltratados, y el 65% de éstos son niños o niñas de quienes se ha abusado sexual-

mente. Gutiérrez⁴ afirma que 9 de cada 10 casos no son informados a las autoridades. En Chile⁵, donde también existe este fenómeno, en un panel presentado sobre violencia intrafamiliar, no se dieron datos al respecto; sólo se informó que el 60% de los menores delincuentes provienen de hogares donde son severamente maltratados.

En Guatemala⁶, en un estudio realizado en la Guardería Betania, de un total de 250 niños, en 69 casos (28%) se detectó maltrato físico. En Barquisimeto, Venezuela, en 1994, sólo en el PANMAL (Programa para el Niño Maltratado) de dicha ciudad, se dio a conocer que en un sólo mes ocurrieron 136 casos de maltrato a menores. Y como acota Peralta⁷, "las estadísticas en nuestro país no reflejan fehacientemente el número de casos ocurridos, en vista de que, por cada niño atendido en un hospital, se calculan cien casos no denunciados".

Al medir la magnitud del abuso sexual y físico en la República Dominicana, investigaciones realizadas por Burgo y García,⁸ revelan que de cada 100 estudiantes universitarios, 33% fueron víctimas de experiencias sexuales antes de los 18 años. Por lo que respecta a Perú, el *Diario de la República*⁹ informa que más de 5,000 casos de abuso sexual fueron informados el año pasado en Lima.

De acuerdo con el informe de la UNICEF¹⁰ de 1990, en Bolivia, entre 3,000 y 5,000 niños vivían en la calle y unos 100,000 trabajaban en ellas.

En Colombia, según informes proporcionados en 1988, de una población de 28 millones, 4,5 millones de niños menores de 15 años vivían en extrema pobreza.

Y México no se queda atrás. Sólo en la ciudad de Reynosa, Tamaulipas, se reciben 40 denuncias mensuales de maltrato que ponen en peligro la vida del niño.¹¹ En Chihuahua, el DIF estatal reveló en 1986, que 20 de cada 100 padres maltrataban a sus vástagos.¹² Sólo en el Distrito Federal se informaron en 1991 9,577 denuncias de maltrato a menores.¹³ Durante el primer semestre de 1992, de acuerdo con Guzmán,¹⁴ se informó que 65,055 niños fueron víctimas de abuso y maltrato. A esto añadamos los más de 10 millones de menores entre ocho y 17 años de edad que se ven obligados a trabajar para contribuir al magro presupuesto familiar. En el estado de Nuevo León, el DIF estatal informa que de 1994 a 1995 el número de niños maltratados se incrementó de 922 a 1,335¹⁵ (recordemos que estos son únicamente los casos que fueron informados y en los que intervino la autoridad).

Se estima que en Latinoamérica, según la VII Conferencia Iberoamericana de la Juventud, reunida en Punta del Este, Uruguay, en 1994, más de 40 millones de niños viven marginados, en el desamparo y la pobreza extrema.¹⁶ Según informes publicados en 1993 por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, la Cultura y la Educación (UNICEF), cada año mueren

en Latinoamérica 800 mil niños.¹⁷ Según el doctor Rodrigo Crespo Toral, director general del Instituto Interamericano del Niño, en Latinoamérica viven cerca de cinco millones de niños abandonados, sin contar unos 20 a 25 millones que viven en estado de semiabandono.¹⁸

Ya se trate de maltrato emocional o físico, abuso sexual o explotación laboral, las víctimas más comunes son los niños. Ellos constituyen el sector más vulnerable de nuestra sociedad. Ante esta sombría realidad, bien podemos decir que el futuro del niño está hipotecado. Su futuro es incierto. Su desarrollo está seriamente amenazado.

No es posible permanecer indiferentes ante el maltrato, la ignorancia, la pobreza, la enfermedad y la muerte prematura que son el flagelo de la niñez. Mucho menos pueden permanecer indiferentes la iglesia y los pastores que recibieron del Señor la comisión de cuidar a los corderitos.

Historia

Si bien el maltrato infantil ha sido identificado como un problema social de la segunda parte de este siglo, lamentablemente no es algo nuevo. El problema es casi tan viejo como este mundo. Belsky¹⁹ afirma que sus raíces pueden remontarse hasta el tiempo de la antigua Roma, hasta los escritos de Aristóteles, y aun antes.

Doscientos años después de Cristo, un famoso médico de Efeso llamado Soranus, en su libro sobre ginecología, re-

comendaba ciertos cuidados que debían darse a los recién nacidos. Sin embargo, bajo ciertas circunstancias, recomendaba el infanticidio.²⁰ Séneca, Platón y Aristóteles, aprobaban la muerte de niños recién nacidos que tuvieran algún defecto.²¹ La práctica del infanticidio fue común tanto en Grecia como en Egipto y persistió en algunos países europeos hasta ya bien entrado el siglo XIX. En la antigüedad los niños deformes, débiles, enfermizos o mentalmente retardados, no tenían derecho a vivir. En el Oriente se practicaba la castración que convertía a los niños en eunucos. La mutilación fue otra práctica a la que fueron sometidos muchos niños tanto en China como en otros países del Oriente.²² Para el año 900 de la Era Cristiana, un médico persa que trabajaba en los harenes de Bagdad, afirmaba que la así llamada "hernia infantil, no era otra cosa que golpes que las madres propinaban a sus hijos".²³ Fue común desde los tiempos de los cananeos hasta mediados del siglo XVII en el Medio Oriente enterrar niños recién nacidos en los fundamentos de edificios o puentes. Por increíble que parezca, esta horrible costumbre se practicó también en Europa. Los espartanos tenían la costumbre de hacer examinar a los recién nacidos por los ancianos dirigentes de la ciudad. Los niños defectuosos o débiles eran arrojados del monte Taggetus a un despeñadero. Los padres escandinavos tenían derecho de vida o muerte sobre sus hijos recién nacidos. Si el padre ex-

tendía los brazos y aceptaba al recién nacido, podía ser alimentado y bautizado; si no, el niño podía ser abandonado o muerto. Según Werner, esta práctica no fue exclusiva de los tiempos antiguos, prevaleció hasta 1731 en Suecia, y hasta 1850 en Noruega y Dinamarca.²⁴

En la primera mitad del siglo veinte, hasta la década de 1960, nuestra sociedad se negaba a admitir que el síndrome del niño maltratado fuera un problema social, más bien se creía que era un raro problema familiar. El hogar se consideraba como el lugar más seguro para los niños. Los padres, se pensaba, eran las figuras más cariñosas e incapaces de lastimar a sus hijos. Sin embargo, en la década de 1960, un grupo de médicos encabezados por el Dr. Henry Kempe, despertaron al mundo a una dramática realidad al afirmar que los niños norteamericanos eran cruelmente maltratados por sus progenitores. En ese tiempo se acuñó la frase "síndrome del niño maltratado".

Hoy no podemos negar que el maltrato al niño es un grave problema social que afecta a muchos hogares de todos los países, culturas y clases sociales.

Ya sea por razones religiosas (sacrificios), como método de control natal, o por razones políticas (sacrificios políticos), la historia denuncia que los niños del mundo han estado expuestos al infanticidio, la mutilación, el abandono, el castigo, el hambre, la desnutrición o el trabajo for-

zado, por parte de sus padres o tutores, a lo largo de todos los siglos y culturas.

Consecuencias

Cuando consideramos los terribles resultados del maltrato infantil, en sus diferentes modalidades, así como también el enorme costo económico y social que conlleva, la reacción natural de todo corazón sensible es hacer algo y pronto, pues de otro modo miles de niños se añadirán cada año a las estadísticas que revelan un panorama inhumano y trágico.

Los efectos del maltrato son múltiples. Van más allá de la víctima inocente y de su familia y se extienden a la sociedad en general. Pero, obviamente, quienes más sufren los terribles efectos son los niños, quienes responden de diversas maneras. Algunos de ellos se volverán muy pasivos, otros agresivos; algunos más desarrollarán conductas delictivas; otros presentarán desórdenes en su desarrollo. Algunos nunca aprenderán a jugar, ni a confiar en los demás, y otros, desafortunadamente, morirán.

Los expertos señalan como los efectos más notorios del maltrato, las siguientes conductas:

1. Baja autoestima
2. Ansiedad
3. Aislamiento
4. Depresión
5. Falta de confianza
6. Conductas auto-destructivas
7. Abuso de sustancias tóxicas
8. Conductas delictivas

9. Repetición del ciclo de violencia.

Kashani²⁵ afirma que los niños que fueron objeto de violencia, o que fueron expuestos a episodios de violencia, ya sea conyugal o de otro tipo en el hogar, presentarán problemas serios en su personalidad. El maltrato no sólo afecta la integridad física del niño, sino también varias facetas de su vida. A corto plazo, sólo afecta su integridad física, pero a largo plazo, puede producir desórdenes psicosomáticos como insomnio, depresión, trastornos mentales, demora en su desarrollo intelectual, problemas neurológicos y de lenguaje, limitaciones en su desarrollo psico-social y problemas de aprendizaje y de conducta. Algunos, incluso, presentarán tendencias suicidas.²⁶

El maltrato no sólo repercute en la vida del niño. Siendo que la violencia engendra violencia, los maltratos recibidos en su niñez los repetirá como joven y como adulto en sus diferentes relaciones. Breando y Bernard descubrieron que los estudiantes expuestos a violencia intrafamiliar, tendían a ser violentos en sus relaciones de noviazgo. En un estudio realizado con 481 estudiantes universitarios, de 168 hombres que participaron, 15% maltrataban a sus novias. De éstos, un 77% fueron maltratados cuando niños. De las 293 mujeres que participaron, 21% habían mostrado actos violentos en su relación de noviazgo, y de este grupo 82% habían sido maltratadas en su hogar. De esta muestra, 74% de los

hombres y el 77% de las mujeres repetían los mismos actos violentos que habían experimentado y observado en su niñez en el hogar.²⁷

Van Hasselt²⁸ ha descubierto que los niños maltratados suelen desarrollar conductas antisociales y problemas de adicción a las drogas. Por su parte Belitz y Schacht²⁹ observaron que los jóvenes que han sido maltratados de niños son presa fácil de los cultos satánicos.

Prevención y ayuda

Siendo que los niños cristianos no son, desafortunadamente, inmunes al maltrato, las iglesias y los pastores en particular, deberían hacer esfuerzos decididos para prevenir este grave problema entre las familias de su congregación. También deberían diseñar programas para brindar ayuda tanto a las víctimas del maltrato como a los padres maltratadores.

Existen agencias públicas y privadas comprometidas en el estudio, la prevención y el remedio del maltrato a los niños. ¿Debería la Iglesia Adventista ser indiferente o conformarse con hacer tibios esfuerzos para ayudar en la solución de este gravísimo problema social? Al contrario, debería sumar su voz a la de aquellos hombres y mujeres que se esfuerzan para brindar a los niños un mejor porvenir.

¿Qué pueden hacer una iglesia y su pastor para ayudar? Primero que todo, reconocer que el problema es grave y complejo y que requiere el concurso de muchos

para abordarlo. Los especialistas consideran que se necesita un trabajo multidisciplinario para encararlo. Y es aquí donde la iglesia tiene una dorada oportunidad.

Segundo, admitir que los miembros de su congregación no son inmunes a este problema. Tercero, entender que, tanto los padres maltratadores como los niños y menores maltratados, necesitan ayuda para su problema. Cuarto, reconocer que la iglesia es el refugio apropiado, tanto para los miembros como para los que no lo son, que necesitan ayuda.³⁰

Quinto, tanto el pastor como la iglesia, deberían saber lo que la Biblia enseña respecto al maltrato y la violencia doméstica. Podría darse el caso, y de hecho se da en algunas familias que, debido a una inadecuada interpretación de la Biblia, algunos padres maltratan a sus hijos creyendo que así cumplen la voluntad de Dios.

Sexto, tanto el pastor como la iglesia, deberían saber cuáles familias están en riesgo de usar la violencia familiar como vehículo para arreglar frustraciones o desacuerdos. Existe una tipología que indica qué familias y niños corren ese riesgo. Por consiguiente, la mejor forma de prevenir el maltrato es brindar educación a las familias de alto riesgo.

Séptimo, usar el amor redentivo (no la disciplina punitiva) con aquellas familias donde la violencia es el pan de cada día. Establecer redes de apoyo para los padres y los niños de hogares violentos. Es

necesario saber que muchos padres maltratan a sus vástagos, no porque sean malos, o anticristianos, ni porque quieren; sino porque existen factores personales, familiares, sociales que inducen a los padres a golpear a sus hijos, a veces, aun en contra de su propia voluntad.

Estos padres cristianos pueden sentirse sumamente culpables por golpear a sus hijos. Hasta pueden sentirse indignos, no sólo de desempeñar una responsabilidad en la iglesia, sino hasta de llamarse cristianos. Generalmente se sienten rechazados cuando otros creyentes se enteran de su conducta. Ante esta situación tienden a aislarse (lo que aumenta el riesgo de maltrato). "En nuestro trato con otros, pongámonos en su lugar. Comprendamos sus sentimientos, sus dificultades, sus chascos, sus gozos y sus pesares. Identifiquémonos con ellos; luego tratémoslos como quisiéramos que nos trataran a nosotros si cambiásemos de lugar con ellos."³¹

Polansky³² afirma que los grupos de apoyo en la iglesia, han probado ser un medio efectivo para ayudar a las familias donde se dan actos de maltrato. Por su parte, Caliso y Milner³³ subrayan el hecho de que las familias que han logrado romper el ciclo de violencia familiar, son aquellas que han contado con un grupo de amigos que les brindaron apoyo emocional y comprensión.

Octavo, ofrecer seminarios de orientación tanto a padres actuales como futuros. Las

clases de aconsejamiento marital son de gran ayuda para los futuros padres, ya que les ayudan a cumplir con eficacia la difícil tarea de la paternidad. Muchos padres golpean a sus hijos, no porque quieran sino porque ignoran las etapas de desarrollo del niño. Algunos pueden sentirse frustrados y tentados a maltratar a sus hijos, sólo por el hecho de que el niño no satisface sus expectativas (reales o irreales). Esperan de sus vástagos conductas para las cuales todavía no están preparados.

"A veces los padres hablan con irritación, y de esa manera excitan la ira en sus hijos, y son a veces exigentes e inquietos. Los pobres niños participan del mismo espíritu...a veces todo parece ir mal. Hay intranquilidad en el ambiente, y todos pasan momentos desdichados. Los padres echan la culpa a los pobres niños, y piensan que son desobedientes, e indisciplinados, los peores niños del mundo, cuando la causa de las dificultades reside en ellos mismos."³⁴

Noveno, los padres y las madres deberían entender lo que la Biblia dice con respecto a cada ser humano (grandes o chicos, hombres o mujeres):

*Cada niño pertenece a Dios. "Herencia (don) de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre" (Sal. 127:3).

*Cada niño es sumamente valioso a los ojos de Dios, "porque a mis ojos fuiste de gran estima, eres honorable y yo te amé" (Isa. 43:4). Debemos recordar que cada ser humano es un acto del amor

divino. Que Dios hizo al hombre y a la mujer a su propia imagen. Por lo tanto cada padre debería considerar a su hijo o su hija como una creación de Dios. "Una religión que induce a los hombres a tener en poca estima a los seres humanos, a quienes Cristo consideró de tanto valor que dio su vida por ellos; una religión que nos haga indiferentes a las necesidades, los sufrimientos o los derechos humanos, es una religión espuria".³⁵

*La paternidad (y la maternidad) deben cumplirse en armonía con la voluntad de Dios. "Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos" (Efe. 6:4). Los padres tenemos en Dios el modelo para tratar, educar y corregir a nuestros hijos.

*Los padres hemos sido puestos para representar a Dios, mientras nuestros hijos son pequeños. "Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen" (Sal. 103:13). Anderson y Guernsey,³⁶ afirman que los padres deben relacionarse con sus hijos en la misma forma en que Dios se relaciona con su pueblo. Por su parte Elena G. de White³⁷ dice que "los padres deben considerar que están en el lugar de Dios para sus hijos".

Los niños ocuparon un lugar especial en el ministerio de Jesús. El mismo lugar deberían ocupar en la vida de cada ministro y de cada iglesia. Deberíamos tener especial compasión para aquellos niños que son maltratados en sus hogares. "Algunos niños... han recibido como legado rasgos

de carácter poco promisorios, y por eso tienen mayor necesidad de simpatía y amor".³⁸

Décimo, los pastores deben informarse adecuadamente acerca de la naturaleza del problema, los aspectos legales que involucran el maltrato, y las agencias que brindan ayuda en casos de violencia familiar. De esta forma los pastores y las iglesias serán canales de la gracia de Dios para eliminar los efectos del pecado.

Conclusión

La historia dice que los niños, en todos los tiempos y culturas, han sido objeto de maltrato físico y emocional y que han sido sacrificados por razones religiosas y políticas. Han sido mutilados por razones económicas y obligados a trabajar en condiciones insalubres. La situación actual de los niños no es mucho mejor que la que padecieron en la antigüedad. El maltrato sigue siendo una triste realidad. El robo y el tráfico de niños es un negocio multimillonario. El abuso sexual y la pornografía a que son sometidos es tolerado y hasta promovido en algunos lugares. El abandono a que son expuestos por padres irresponsables y el hambre que padecen diariamente los obligan a abandonar la escuela y dedicarse al robo, al "trabajo" callejero, al consumo y distribución de drogas.

Los niños no adventistas también merecen la atención de los pastores y de las iglesias. Ellos también merecen ser considerados en los planes de la iglesia. Los niños son

muy caros a la vista de Dios. Jesús los ama en forma especial, por eso dijo: "De los tales es el reino de los cielos" (Mar. 10:14).

¿Están las iglesias y los pastores listos para ayudar a los niños de su congregación que son maltratados? ¿Están las iglesias y los pastores listos para hacer esfuerzos decididos (no lánguidas iniciativas) para prevenir el maltrato de los demás niños del "mundo"?

En el más famoso de sus discursos, Martín Luther King, hijo, declaró: "tengo un sueño". Ese sueño era erradicar la discriminación racial en su país. Soñaba con el día cuando niños blancos y negros pudieran, tomados de la mano, jugar, sin barrera ni impedimento.

Yo tengo un sueño: que la iglesia sea una agencia que deje oír el peso de su voz para prevenir, remediar y, de ser posible, eliminar el maltrato del niño.

Referencias

1. A. Fink y L. McCloskey, "Child Abuse and Neglect: Prevention Programs For-ward" *Child Abuse and Neglect*, tomo 4, (1990) págs. 187-206.
2. Byung Hoon Chun, Child Abuse in Korea, *Child Welfare*, tomo 18, número 2, (1989) marzo-abril, pág. 156.
3. Heikki Sariola y Antti. Uutela, "The Prevalence and Context of Family Violence Against Children in Finland" *Child Abuse and Neglect*, tomo 16, (1992), págs. 823-832.
4. María Luisa Gutiérrez Ch. "Prevención del maltrato contra la infancia: Experiencia costarricense. Citado por Luis Eduardo Primero y Rivas, ed. *Memoria del II simposio Interdisciplinario e Internacional del maltrato a los niños y su repercusiones educativas* (México: Ficomi, 1992), pág. 17.

5. "El maltrato a menores: Promulgadas leyes de violencia intrafamiliar" *El Mercurio* (Santiago de Chile, 24 de agosto de 1994), pág. 5.

6. María Josefa González Hernández, *Síndrome del Maltrato en niños de la Guardería Betania* (Tesis no publicada, Guatemala, noviembre de 1986).

7. Yayett Peralta, "Los niños maltratados: Un problema de salud pública" *El Impulso* (Barquisimeto, Venezuela, Sección D, 31 de julio de 1994), pág. 8.

8. Zeleided Alma de Ruiz, *El abuso al menor de y en la calle* (Ponencia presentada en el IV Congreso Latinoamericano de Prevención al Maltrato, Porto Alegre, Brasil, mayo, 1993).

9. Isabel Rojas, *Diario de la República* (Lima, Perú, 30 de enero de 1996), pág. 12.

10. Arturo Loredó Abdalá, "Los niños de la calle y en la calle", *El niño Maltratado* (México: Interamericana, McGraw Hill, 1994), pág. 84.

11. Rebeca Lucio, "Niño Maltratado", (*El Mañana*, Reinos, Tamps., México, 23 de marzo, 1994).

12. González Castro V. "Reveladores datos del DIF sobre los niños Maltratados" *Novedades* (Chihuahua, Chih., 14 de mayo de 1986).

13. Gustavo A. Félix López y Patricia Meléndez Aviña, "El niño objeto de violencia: Estudio con padres de familia en un centro de psicopedagogía", citado por Luis Eduardo Primero y Rivas, ed. *El maltrato al niño y sus repercusiones educativas* (México: Ficomi, 1992), pág. 104.

14. Wilfredo Guzmán Guajardo, "Algunas formas de maltrato social en México", citado por Arturo Loredó Abdalá en *Maltrato al menor* (México, Interamericana-McGraw Hill, 1994).

15. María Luisa Medellín, "Piden reformas para proteger a los menores maltratados" (*El Norte*, Monterrey, N. L. México, 20 de marzo de 1994).

16. "El futuro de los niños en riesgo" (*El Comercio*, Quito, Ecuador, 25 de abril de 1994).

17. "Cada año mueren en Latinoamérica 800,000 niños" (*El Financiero*, México, D. F., 5 de noviembre de 1993).

18. Héctor José Villanueva Cliff, "El maltrato al menor" (Conferencia dictada en el Congreso Iberoamericano sobre el menor maltratado, México, D. F., 1994).

19. J. Belsky, "Child Maltreatment: An Ecological Integration American

Psychologist, tomo 35, (1980), págs. 320-335.

20. Margaret Lynch, "Child Abuse Before Kempe: A Historical Literature Review", *Child Abuse and Neglect*, tomo 9, (1985), págs. 7-15.

21. Edward Zigler y Nancy W. Hall, "Physical Child Abuse: Past, Present, and Future", citado por Dante Cicchetti y Vicky Carlson *Child Maltreatment* (Cambridge: Cambridge University Press, 1991), pág. 40.

22. Samuel Radbill, "Children in a World of Violence: A History of Child Abuse", citado por Ray E. Helfer y Ruth S. Kempe en *The Battered Child*, 4a. edic. (Chicago: University of Chicago Press, 1986), págs. 3-22.

23. Lynch, pág. 7.

24. Zigler y Hall, pág. 40.

25. Javad H. Kashani, "Special Article: Family Violence, Impact on Children", *Journal of American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 31 (2), (1982), págs. 181-189.

26. Suzanne K. Steinmetz, "Family Violence", citado por Marvin B. Sussman y Suzanne K. Steimetz, eds. en *Handbook of Marriage and the Family* (New York: Plenum Press, 1988), págs. 725-765.

27. Id., pág. 753.

28. Vincent Van Hasselt y otros, "Maltreatment in Psychiatric Hospitalized Diagnosed Adolescent Substance Abusers", *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 31 (5), (1992) págs. 868-873.

29. J. Belitz y A. Schacht, "Satanism as a Response to Abuse: The Dynamics and Treatment of Satanic Involvement in Male Youths *Adolescence*, Invierno, 27 (108), (1992) págs. 855-861.

30. E. Nardquis, "A Pastoral Response to Domestic Violence" *Theology and News Notes*, Octubre de 1986.

31. Elena G. de White, *El discurso maestro de Jesucristo* (Mountain

View, Calif.: Publicaciones Interamericanas, 1972), pág. 84.

32. N. A. Polansky, et al, "The Psychological Ecology of Neglectful Mother", *Child Abuse and Neglect*, tomo 9, (1985) págs. 265-275.

33. John A. Caliso y Joel S. Milner "Childhood History of Abuse Screening", *Child Abuse and Neglect*, tomo 16, (1992), págs. 647-659.

34. Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 3 (Mountain View, Calif.: Publicaciones Interamericanas, 1953).

35. Id., pág. 85

36. Ray S. Anderson y Dennis B. Guernsey, *On Being Family* (Grand Rapids: Williams B. Eerdman Publishing Co., 1985).

37. Elena G. de White, *Conducción del niño* (Mountain View, Calif.: Publicaciones Interamericanas, 1974), pág. 453.

38. Ibid.

Los padres han estado torciendo el vástago. Por la dirección que le dan a la educación, el carácter se desarrollará deforme o simétrico y bello. Pero al paso que muchos yerran en lo que respecta a la indulgencia, otros se van al extremo opuesto y gobiernan a sus hijos con vara de hierro (*Conducción del niño*, pág. 161).

El pastor: Socio en sus oraciones intercesoras

PHILIP G. SAMAAAN

La oración intercesora no es una opción sino una necesidad en la vida del pastor

Pero papi, tú prometiste orar por él. ¿Lo olvidaste? —Me preguntó con un dejo de frustración nuestra hijita de cuatro años, cuando terminé de elevar la oración familiar. Ella tenía razón. Yo había hecho esa promesa. Agradeciéndole por recordármelo y por su interés, nos arrodillamos de nuevo y ofrecí una oración especial por él.

Pensando en este episodio, comprendí nuestra gran necesidad de emular a Cristo en sus oraciones intercesoras. Nuestros corazones necesitan latir con el ritmo de las oraciones del corazón de Jesús por la humanidad. Cristo, nuestro Abogado, vive siempre para interceder por nosotros (véase Heb. 7:25). Su vida siempre estuvo rebotante de oraciones. Como dice Adolph Saphir: "En el Señor Jesucristo vemos claramente la unión de la oración con la vida"¹

Isaías habla de la preocupación del preencarnado Hijo de Dios: "Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha" (Isa. 62:1). Además, Dios invita a sus centinelas apostados en los muros de Sión a unirse con él en sus incansables intercesiones en favor de su pueblo: "Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la

ponga por alabanza en la tierra" (vers. 6, 7).

Intercesión:

el camino elegido por Dios

Jesús emplea una estrategia tridimensional en sus intercesiones por nosotros. Y en esto se involucra a sí mismo, a sus centinelas (ángeles) y al Padre. El no descansa en sus oraciones de intercesión, pide a sus ángeles que tampoco descansen; y apela a ellos para que no den al Padre punto de reposo hasta que sus gloriosos propósitos a favor de su pueblo se cumplan.

Por supuesto, el Padre se siente complacido por esas iniciativas de intercesión porque su corazón es como el de ellos. El mismo busca insistentemente por todas partes nuevos intercesores. "Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé" (Eze. 22:30).

Las intercesiones siempre fluyen del corazón de Dios y deben fluir también de los nuestros. Dios todavía necesita nuestros corazones, nuestros hogares y nuestros labios en su búsqueda de intercesores. En su inquieta persecución busca alguien que "se (ponga) al portillo" en favor de otros. Es sencillamente asombroso saber que Dios nos concede un elevado honor al llamarnos para ser intercesores ante su trono y compartir con nosotros la carga que siente por la humanidad. En

Philip G. Samaan, Ph.D., es editor de la lección trimestral de la Escuela Sabática para adultos, Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, Silver Spring, Maryland, EUA.

realidad, lo que quiere es que participemos en el ministerio intercesor de Cristo.

¿Cómo hacemos esto? Pienso en mi niñez y en mi devota madre. El recuerdo de sus oraciones todavía me ayuda a tener confianza en la oración. Muchas veces, al pasar cerca de su cuarto, la escuchaba derramar su alma delante de Dios. Era difícil tener en poco un encuentro espiritual tan profundo. A mí me producía una tremenda impresión. Aquellos momentos me dejaban con la profunda convicción de que Dios debe de haber oído y contestado sus oraciones. Ella parecía estar en una conexión viviente con Dios y le hablaba de corazón a corazón como a un amigo íntimo en quien uno confía.

Más captado que enseñado

Este tipo de oración es sagrado, más captado que enseñado. A veces siento el desafío de emular el ejemplo de mi madre. Al igual que los discípulos, desco que Jesús me enseñe a orar (Luc. 11:1).

Los discípulos observaban a Jesús frecuentemente orando por él mismo, por ellos y por otros. Sabían que su vida y su obra estaban ligadas estrechamente con sus oraciones. Ellos se conmovieron cuando lo vieron y "parecía estar en la misma presencia del invisible; había un poder viviente en sus

palabras, como si hablara con Dios".²

Jesús derramaba su corazón delante de Dios con tan ferviente intensidad, que Pa-

beríamos orar nosotros los pastores? Es posible que prefiramos predicar antes que orar, estudiar y servir antes que suplicar, organizar antes que agonizar. ¿Nos atreveremos a decir que preferimos participar en un seminario sobre la oración antes que participar en una sesión real de oración?

Un famoso teólogo visitó cierta vez un seminario para evaluar su programa de entrenamiento ministerial. Al final de esa semana comentó ante la facultad diferentes aspectos del mismo. Hizo una pausa y luego preguntó con mucho énfasis: "¿Pero cuándo oran ustedes aquí?"

Esa pregunta hizo eco en el desafío de Andrew Murray cuando escribió que Dios "mira a los miles de jóvenes y señoritas que se preparan para la obra del ministerio y la misión, y observa fervientemente para ver si la iglesia les está enseñando que la intercesión, el poder con Dios, debe ser su primera preocupación, al

educarlos y ayudarlos a llevar a cabo la misión".³

Es posible que como pastores nos veamos tan envueltos en la rutina de nuestra profesión que lleguemos a estar demasiado ocupados como para conectar nuestras vidas significativamente con la vida de Dios. Preguntémonos a noso-

*Si Jesús sintió la
necesidad de orar,
e intercedió tan constantemente,
¿cuánto más
deberíamos orar nosotros
los pastores? Es posible
que prefiramos predicar
antes que orar, estudiar y
servir antes que suplicar, organizar
antes que agonizar. ¿Nos atreveremos
a decir que preferimos participar
en un seminario sobre la oración
antes que participar en una
sesión real de oración?*

blo escribe: "Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente" (Heb. 5:7).

Si Jesús sintió la necesidad de orar, e intercedió tan constantemente, ¿cuánto más de-

tros mismos: ¿Cuándo fue la última vez que derramamos lágrimas por nuestras propias transgresiones, por las fallas de nuestro pueblo, y clamamos a Dios por los pecados del mundo? Samuel Chadwick lo dijo bien: "Parecería que lo más grande que hay en el universo de Dios es un hombre que ora", y sin embargo "sólo hay una cosa que sea más asombrosa... que el hombre, sabiendo esto, no ore".⁴

Socios con Jesús

Una vez más, consideremos a Cristo. Todas sus decisiones importantes fueron concebidas mediante la oración que prevalece. Todos sus pasos fueron guiados por la intercesión. El comenzó su ministerio con oración en el Jordán. Combinó sus enseñanzas y hechos con oración. Terminó su vida orando en el Getsemaní y en el Gólgota. Vivió, enseñó, sanó y murió orando.

¡Incluso ya colgado en la cruz intercedió por quienes le crucificaban! En su angustia, suplicó a su Padre que perdonara a sus enemigos que se deleitaban al verlo sufrir y morir: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. 23:34). Su intercesión parecía anticipar la posibilidad de que alguien pudiera volverse de sus malos caminos incluso en el último momento.

Jesús anhela que lleguemos a ser socios íntimos suyos en la intercesión por amigos y enemigos. El Padre, en su inigualable amor, "nos resucitó [con Cristo] y asimismo nos hizo sentar en los lugares ce-

lestiales en Cristo Jesús" (Efe. 2:6). Si estamos sentados junto a Cristo, ¿no deberíamos compartir su compasión, y participar en sus poderosas intercesiones en favor de la humanidad?

Escuchemos a Wesley Duwel hablar del privilegio cristiano de participar en la intercesión: "No hay una función más semejante a la de Cristo que la de ser cointercesor con él por las prioridades que están en su corazón ... La oración prevalecte es gloriosa porque le une a usted con los latidos del corazón de Cristo. Es gloriosa porque en la oración prevalecte usted comparte la visión de Cristo".⁵

Tal es la gloriosa realidad de la oración intercesora. Como dice el apóstol Santiago: "La oración eficaz del justo puede mucho" (Sant. 5:16). Es posible que sintamos cuán injustos somos y por lo mismo cuán poco prevalecen nuestras oraciones. Este texto no está hablando de nuestra justicia. Lo que hace es animarnos a reclamar la justicia de Cristo y llegar a ser participantes de sus oraciones.

Cristo es en verdad "Jehová justicia nuestra" (Jer. 23:6), y él es el Hombre justo cuyas oraciones pueden mucho. Así, cuando unimos nuestras vidas a la suya, mezclando nuestras rebuscadas plegarias con sus preocupaciones y con su omnipotente vida de oración intercesora, nuestras súplicas pueden mucho. Nunca estamos solos cuando oramos, porque Jesús está allí cercándonos con su presencia, apuntalando nuestras oracio-

nes con las suyas en su trayectoria hacia el trono de Dios. Y así nuestras oraciones, mezcladas con las suyas, llegan a ser verdaderamente efectivas.

Al mezclar nuestras oraciones con las de él, Jesús toma nuestra causa como si fuera suya. El toma un caso comprometiéndose a ganarlo infinitamente más seguro que el más competente abogado. El se pone a sí mismo en la línea, apoyado por todos los recursos del cielo. Y al continuar confiando en él, poseemos su amplia garantía de que tratará nuestro caso decisivamente con una perfecta mezcla de justicia y misericordia. "Tan pronto como un hijo de Dios se acerca al propiciatorio, llega a ser cliente del gran Abogado. Cuando pronuncia su primera expresión de penitencia y súplica de perdón, Cristo acepta su caso y lo hace suyo, presentando la súplica ante su Padre como su propia súplica"⁶

El Espíritu

Santo y la intercesión

El Espíritu Santo también está comprometido con Jesús en su ministerio de intercesión. "Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad", escribe Pablo, "pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Rom. 8:26). Además, Pablo nos asegura que "por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre" (Efe. 2:18).

El Espíritu Santo es el "ejecutor"⁷ que ruega junto con nosotros por la causa de Dios, ejecutando la voluntad de Dios en nuestras vidas. "En un sentido verdaderamente bendito el Espíritu Santo hace nacer sus peticiones dentro de nosotros y enciende la fe dentro de nosotros".⁸ Además, el Espíritu Santo no sólo ora por nosotros y con nosotros, sino también en nosotros. Pablo nos estimula a orar en el Espíritu: "Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu ... Por todos los santos... y por mí" (Efe. 6:18, 19). A medida que oramos en el Espíritu, entramos en la mente del Espíritu quien "todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Cor. 2:10). Dios, que conoce la mente del Espíritu Santo, también conoce la nuestra, respondiendo a nuestras súplicas, unidas (con las del Espíritu Santo), de acuerdo con sus propósitos.

Hagamos frente a la realidad. Con frecuencia no deseamos orar, no sabemos

cómo, por qué o cuándo orar. Es por eso que necesitamos que el Espíritu Santo permee nues-

cede por los santos" (Rom. 8:27).

Cierta vez un amigo dijo que había dejado de orar por otros porque no funcionaba. Yo le pregunté cómo oraba y cuán a menudo lo hacía. "Una o dos veces", dijo, y entonces se descorazonaba y dejaba de interceder. La oración intercesora no se abandona así tan fácilmente. No es esporádica. Es continua, permanente. Reconoce lo que Pablo dijo hace mucho tiempo: "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efe. 6:12). Siendo que estamos comprometidos en un conflicto espiritual tan

grande, no podemos darnos el lujo de ser flojos en nuestra vida de oración. No podemos ser otra cosa que socios perpetuos en el ministerio de oración de Jesús.

*¿Cuándo fue la
última vez que
derramamos lágrimas
por nuestras propias
transgresiones,
por las fallas
de nuestro pueblo,
y clamamos a Dios
por los pecados
del mundo?*

tros corazones y nos capacite para orar. "Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios inter-

Referencias

1. Adolph Saphir, *Our Lord's Pattern for Prayer* (Grand Rapids: Kegel Publications, 1984), pág. 25.
2. Elena G. de White, *El discurso maestro de Jesucristo*, pág. 87.
3. Andrew Murray, *The Ministry of Intercession* (New York: Fleming

- H. Revell Co., 1898), págs. 168, 169.
4. Samuel Chadwick, *The Path of Prayer* (Kansas City, Kansas: Beacon Hill Press, 1931), págs. 11, 12.
5. Wesley L. Duewel, *Mighty Prevailing Prayer* (Grand Rapids: Zondervan Pub. Corp., 1990), pág. 27.

6. Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 3, pág. 29.

7. Véase Judson Cornwall, *Praying the Scriptures* (Altamonte Springs, Fla.: Creation House, 1990), págs. 147, 148.

8. Duewel, pág. 222.

El pastor: La búsqueda de la espiritualidad

CALEB ROSADO

La recuperación de lo divino en la experiencia humana

Caleb Rosado, Ph.D., es profesor de sociología en la Humboldt State University, Arcata, Ca., E.U.A.



Mientras más nos acercamos al año 2000, más evidente será la paradoja de la religión. Aun cuando la religión organizada está perdiendo atractivo para un creciente segmento de la población culta, hay un general y creciente interés en la espiritualidad. En vista de que muchos perciben que la religión organizada está más orientada al ritualismo y otros detalles menores, que hacia la espiritualidad, han empezado, al parecer, a buscar esta última en otra parte: fuera de las iglesias tradicionales.

Esto demanda una reorganización de las prioridades de modo que se enfatice la espiritualidad y se haga relevante la fe. Esta debe hablar de las preocupaciones actuales y futuras de nuestro tiempo. Tales preocupaciones comprenden: ambiente, pobreza, diversidad, conflictos ético/raciales, respeto por los demás, y una existencia que tenga propósitos y razón de ser.

Entre los problemas que el siglo XXI planteará a la gente, uno de los mayores será el resultado de la supervía de la informática y la reconstrucción tecnológica de todos los aspectos de la vida. Doquiera vaya la gente estará interconectada con otros a través de la tecnología computarizada. En algún momento la gente descará estar sola, alejada de todo, con todos los sistemas apagados. Necesitará silencio y zonas tranquilas donde apartarse de la vida tecnificada y experimentar

la paz, la sanidad, y el descanso del "tecnorruido". Una necesidad tal pone sobre el tapete un asunto crucial en la calidad de nuestro bienestar en el siglo XXI. ¿Tiene la supervía de la información un "área de descanso"? La respuesta es sí: en la espiritualidad. Pero esta búsqueda de la tranquilidad crea otro problema: el de la sensación general de alienación que es parte importante de la vida del siglo XX.

La alienación humana y la búsqueda de la espiritualidad

La realidad de la alienación y el extrañamiento de toda forma de vida es uno de los hechos sociales más evidentes de nuestros días. Esta realidad no es un fenómeno reciente, sino que ha ido creciendo gradualmente a lo largo de la historia humana. Albert Bergensen, en un importante artículo titulado "Eco-alienation", publicado en un número especial de *Humboldt Journal of Social Relations* (tomo 21, No. 1. [1995]) sugiere que la humanidad ha pasado a través de "tres etapas de alienación": alienación de lo divino, alienación de lo humano y alienación de la naturaleza.

La alienación original y fundamental es la alienación de Dios que ocurrió en un "Edén primigenio" como una ruptura con lo divino, un extrañamiento del mundo sagrado. Esta forma de describir la experiencia humana como "extrañada" y separada de Dios permeó el pensamiento humano hasta el siglo XV con el

surgimiento del Renacimiento. Hasta ese momento la teología era la reina de las ciencias y el punto de vista de la humanidad tenía un marco predominantemente religioso.

Desde el siglo XVI hasta el XX el énfasis cambió de Dios como el centro del cosmos a la humanidad como el centro del significado. La alienación tomó otras formas: separación de nosotros mismos, de nuestro trabajo, y de nuestros prójimos, es decir, todos los demás seres humanos. Esta fue también una etapa de formas extremas de inhumanidad. Este período, alimentado por una insaciable codicia y una búsqueda excesiva de las cosas materiales, vio el surgimiento del expansionismo europeo, la imposición de la esclavitud, actos genocidas contra las poblaciones indígenas, y la reestructuración del mundo entre los ricos y los pobres. Pero esta sed de engrandecimiento propio, que está en el mismo centro del humanismo secularizado, ya tenía en su seno las semillas destructivas de la tercera alienación: la separación de la naturaleza o alienación ecológica.

Desde el principio del siglo XX, las fuerzas de la codicia humana han avanzado continuamente hacia adelante en una ola infinita de destrucción ambiental, con poca o ninguna preocupación por el futuro de nuestro hogar planetario. El resultado es que en esta última parte del siglo XX ha surgido una nueva advertencia de extrañamiento, la alienación del mundo natural y de nuestro yo

"ecológico": la interconexión e interdependencia humana con todas las formas de vida terrenal.

El resultado acumulado de estas tres formas de alienación es la actual desintegración espiritual. Pero juntamente con ella apareció un yo social desarticulado y fragmentado desprovisto de todo significado y propósito para la vida, destituido de una conexión con Dios, con nosotros mismos, con otros seres humanos y con la naturaleza.

Hay un flujo natural de estas tres formas de alienación: primero, la separación de Dios; sigue la separación de nosotros mismos y de los demás seres humanos y por último, la separación de nuestro ambiente natural y de todas las formas de vida a las cuales nos debemos y con las cuales estamos relacionados.

Lo que los seres humanos están comenzando a descubrir, reconocer y experimentar, es que no somos seres meramente religiosos, humanos o ecológicos, sino esencialmente *espirituales*. Estamos reñidos con lo divino, unos con otros, y con la naturaleza, porque nuestro espíritu humano se ha separado de Dios, en quien se origina nuestra necesidad de interrelación. El resultado de esta pérdida es una alienación progresiva y generalizada de todas las demás formas de vida. Estas tres formas de alienación son, en esencia, un extrañamiento espiritual: la separación del espíritu humano del Espíritu de Dios y de la naturaleza. Cuando eso ocurre, es fácil ver la forma en que ha

evolucionado el pensamiento humano: de Dios como el Creador de la vida, al ser humano como creador de Dios, y a la consideración de todas las formas de vida como dioses.

La mesa de la vida

Para poder conocer este extrañamiento espiritual necesitamos reconocer la existencia de cuatro dimensiones o entidades que tienen que ver con el bienestar del ser humano: física, social, mental/emocional y espiritual. La vida humana saludable debe tener estas cuatro dimensiones operando perfectamente. Con esto no quiero decir que, necesariamente, debieran ser perfectamente sanas (porque ¿quién de nosotros es perfecto en cada una de estas cuatro dimensiones?), sino, cuando menos, funcional. El área física comprende el cuerpo; la social tiene que ver con nuestras relaciones con los demás; la mental/emocional está relacionada con la mente y las actitudes; y la espiritual, enfatiza el significado y el propósito.

La interrelación de estas cuatro dimensiones puede ser ilustrada con una mesa. La "mesa de la vida" está equilibrada cuando las cuatro patas o dimensiones se han desarrollado en forma armoniosa o proporcional. Cuando la mesa está equilibrada, cuando las cuatro patas están bien colocadas en el piso, puede soportar bastante peso. Sin embargo, una mesa puede dar la impresión de estar equilibrada aun cuando una de las patas esté más corta. Pero el desequilibrio resultante no se de-

tecta fácilmente, sino hasta que se ejerce presión sobre ella. Sólo podemos ver el desequilibrio existente cuando se derrama algo que colocamos encima. Algunas personas parecen confiables y responsables, pero cuando se las somete a presión, demuestran ser indignas de confianza y no se puede contar con ellas. Para la mayoría de la gente la pata que cojea, o la dimensión que recibe atención mínima, es, generalmente, la espiritual.

Una mesa también puede desequilibrarse si una de las patas es demasiado larga. Este tipo de desequilibrio se detecta con mayor facilidad, porque tiende a destacarse. Nosotros tendemos a poner nombres especiales cuando una de las dimensiones se ha desarrollado más a expensas de las otras. A la gente que tiene muy desarrollada la dimensión física se les dice muchas veces "chicos". Si la que se destaca es la dimensión social se les llama "animales festivos", "socialistas". Si la dimensión mental es la que sobresale, se los llama "sabios". Y si la dimensión espiritual es la más notoria, se los llama "fanáticos religiosos".

Aunque las cuatro dimensiones son importantes para una vida equilibrada, la más importante de todas es la dimensión espiritual. Es la que da significado y propósito a las otras tres. Si una de las dimensiones pasa por una transformación o experimenta un cambio repentino, es el ancla espiritual la que da a la vida una sensación de bienestar, significado y propósito.

La preocupación actual por recuperar las cuatro dimensiones de la vida es un esfuerzo — cansador, si usted prefiere, en sus muchas y variadas expresiones — para reconectar-nos una vez más con Dios, puesto que la alienación de él da lugar a las otras formas de alienación. Lo que necesitamos hoy es una forma holística de espiritualidad que no sólo intente reconectar a los seres humanos una vez más con Dios, sino también con los demás seres humanos y con el mundo natural/ecológico, nuestro "hábitat", por así decirlo, del cual todos somos mayor-domos. El resultado es un círculo completo.

¿Cómo emergió la preocupación por esta clase de espiritualidad?

El surgimiento de la espiritualidad

Como corolario de la reestructuración del mundo inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, el humanismo científico se erigió como el gran salvador de la humanidad. Después de todo, había sido el despliegue de lo mejor de la investigación científica que había producido la bomba atómica y puesto fin a la guerra. Con el lanzamiento del *Sputnik* y la carrera espacial, la ciencia llegó a considerarse como la solución a los problemas humanos. El interés en la religión pareció declinar. En la década de 1960, con el surgimiento del secularismo, como un estilo de vida sin Dios, los sociólogos comenzaron a predecir la defunción de la religión tan

pronto como se olvidaran las notas al pie de página de la historia. Los teólogos liberales y los humanistas seculares proclamaron "la muerte de Dios".

Durante las décadas de 1970 y 1980, el mundo se lanzó a una frenética carrera en pos del materialismo, destruyendo a su paso la calidad del ambiente. Sin embargo, las voces de protesta de varias partes del mundo ya estaban elevando un clamor de advertencia, por encima del ruido del materialismo y del cientificismo provenientes de los cambistas de monedas en el templo del capitalismo. Esas voces comenzaron a invitar a la gente a abandonar el punto de vista mecánico, fragmentado, aislado y deshumanizado que tenían del mundo, para adoptar un punto de vista mucho más interesado en el ser humano y el ambiente.

Para fines de la década de 1980 y principios de la de 1990 se observó un giro notable hacia la espiritualidad. Las preocupaciones globales por la conexión humana y un sentido comunal de la vida así como la comprensión de nuestra interdependencia con nuestro ecosistema son parte de este retomo, tan limitado como es y como muchos cristianos pueden verlo.

Esta concientización global del sentido comunal de la humanidad fue posible, en parte, por dos factores. Primero, una tecnología avanzada que ha convertido a nuestro mundo en una aldea de telecomunicaciones electrónicas, donde es posible saber instantáneamente lo que está

ocurriendo a los demás. Segundo, la comprensión de que el materialismo científico, lejos de ser un salvador que resuelve los problemas humanos, es, en gran medida, responsable del dualismo destructivo que fragmenta el espíritu humano y nos aparta de nuestro ambiente natural.

Ha surgido, no obstante, un nuevo paradigma o forma de percibir a nuestro mundo como una "concientización global" enfocada a la idea de que toda forma de vida, tanto humana como ambiental, está interconectada. Esta forma de ver la vida, holística y muy bíblica, tiene un profundo sentido espiritual.

A medida que la mayoría de las religiones pierde su enfoque, una generación entera, desilusionada con las trivialidades de la religión organizada, se está volviendo a las formas de expresión religiosa de la Nueva Era con la esperanza de recobrar el sentido de lo espiritual. Pero la esencia de la Nueva Era es un volverse hacia adentro del ser, la experimentación de un estilo religioso de auto-ayuda que conecta lo humano con la naturaleza y con lo sobrenatural. Esto ha dado como resultado una idea popular pero inadecuada de espiritualidad.

Pero ¿qué es espiritualidad?

Una definición de espiritualidad

Yo enseñé en una universidad estatal, reconocida mundialmente por sus programas de estudio sobre el ambiente, que está localizada, no por co-

incidencia, en una zona donde se respeta muchísimo el pensamiento de la Nueva Era: Arcata, California. Muchos de mis estudiantes están interesados en la espiritualidad. En mis clases, particularmente en mi curso de sociología de la religión, tengo que definir la espiritualidad en forma tal que abarque las necesidades de todos los grupos y extremos, desde los cristianos nacidos de nuevo hasta los ecologistas, que tienen por lema "la tierra primero" y están esclavizados por las formas de pensamiento de la Nueva Era.

Permítaseme emplear dos definiciones de espiritualidad recogidas de varias fuentes y desarrolladas después de años de buscar la forma de comunicar este elusivo concepto a diferentes audiencias, que tienen variadas, pero con frecuencia vagas, concepciones del término.

La espiritualidad es una realidad intangible y una fuerza vital animadora e integradora que no puede ser comprendida por la razón humana solamente. Sin embargo, es tan importante como la razón, el intelecto, la emoción en el contexto del comportamiento humano. Es el centro de la devoción, la lealtad, y la preocupación por aquello que nos da seguridad y un sentido de propósito digno. Adorarlo constituye nuestro dios —sea éste el yo, la raza, el grupo étnico, la iglesia, el dinero, las creencias ideológicas, el sexo, otra persona, Alá, Buda, el Gran Espíritu de Jesucristo. Es el objeto de nuestro amor último, del impulso humano,

de la dedicación, y la fuente de poder. Es el vínculo que interconecta a los seres humanos entre sí, a los humanos con el mundo natural y con lo divino.

En esta definición de espiritualidad, dios se escribe con una d minúscula, porque el dios que está en el centro de las vidas de la mayoría de la gente, incluso en las de muchos de los profesos cristianos, no es el Dios de la Biblia, sino uno de factura humana: un ídolo. Un ídolo es cualquier producto de factura humana, ya sea material o inmaterial, al cual la gente dedica su devoción, su lealtad e interés, y alrededor del cual organizan sus vidas.*

Landon Gilkey, en su famoso libro, *Shantung Compound* dice por qué Dios debe ser el centro de nuestra espiritualidad.

"La única esperanza de la condición humana es que la religiosidad [de los seres humanos] encuentre su verdadero centro en Dios y no en los ídolos de fabricación humana que aparecen en el curso de nuestra experiencia. Si [la gente] ha de olvidarse de sí misma para convivir con los demás, para ser honesta bajo presión, y lo suficientemente racional y moral como para establecer un sentido de comunidad, debe tener un centro de lealtad y devoción, alguna fuente de seguridad y significado más allá de su propio bienestar.

"Este centro de lealtad más allá de ellos mismos no puede ser una creación humana; debe ser mayor que el individuo,

pero todavía finito, como la familia, la nación, la tradición, la raza, o la iglesia. Únicamente el Dios que creó a todos [los seres humanos] de modo que no representa a ninguno de ellos en forma exclusiva; sólo el Dios que gobierna toda la historia y por lo tanto no es el instrumento de ningún movimiento histórico en particular; sólo el Dios que juzga a sus fieles así como a sus enemigos, y ama y cuida a todos, puede ser el centro creativo de la existencia humana" (pág. 234).

Permítaseme ahora, a la luz de todo lo dicho, dar una definición de espiritualidad más sencilla. Espiritualidad es esa intangible realidad, esa fuerza integradora y animadora que nos conecta con lo divino — no importa cómo se lo defina —, a unos con otros, y con el mundo natural, cuya resultante es un estado de seguridad con un sentido de propósito digno. Esta es una espiritualidad holística, espiritualidad en tres dimensiones, que conecta el centro humano, nuestro yo social: verticalmente con Dios, es decir, el mundo de lo sagrado; horizontalmente con la humanidad, el mundo de la gente; y hacia abajo con la naturaleza, el mundo de todas las formas de vida no humana.

La mayoría de los cristianos tiende a ver únicamente una espiritualidad unidimensional: la vertical, como una devoción personal a Dios, divorciada de toda preocupación por la humanidad. Este fue el tipo de espiritualidad que condujo al surgimiento del mo-

naquismo en las etapas iniciales del catolicismo y más tarde en el pietismo protestante, y con el tiempo produjo el rechazo del cristianismo por parte del humanismo. Otras formas de espiritualidad unidimensional han sido enfoques humanísticos dirigidos únicamente al reino horizontal, es decir, al mundo. Hay un creciente movimiento espiritualista que surge con potencia de formas psicológicas populares y de auto-ayuda. Busca poner a los seres humanos en contacto con sus sentimientos, sus emociones, y la comunión de unos con otros a través de filosofías orientales, técnicas de meditación, y teorías del desarrollo de la personalidad. Junto con todo esto, la Nueva Era, una forma de espiritualidad de alivio "al vapor" y tendenciosa, está invadiendo las estructuras corporativas, los planteles universitarios, y las comunidades suburbanas del mundo, en un esfuerzo por poner a la gente más a tono con su "verdadero yo interior".

Muchas de estas formas espiritualistas eliminan la necesidad de la dimensión vertical con Dios, pues se cree que la divinidad está dentro y no fuera del ser. De acuerdo con estas formas de espiritualidad todos somos dioses, y todo lo que uno tiene que hacer es descubrir al dios que está dentro de uno mismo, así como en la naturaleza. Grupos neo-paganos, y algunas formas de diosas de la espiritualidad, son ejemplos de esta forma de espiritualidad unidimensional.

El movimiento del evangelio social en el seno del cristianismo de fines de siglo y las teologías de la liberación desde 1960 han enfatizado una forma bidimensional de espiritualidad: la vertical con Dios y la horizontal con la humanidad. El resultado ha sido un mayor activismo político enfocado hacia el cambio social y la justicia socio-económica. Sin embargo, un elemento que se ha perdido en ambos enfoques ha sido la preocupación por nuestro hogar ecológico/ambiental.

Todas estas formas de espiritualidad, sin embargo, son — en el mejor de los casos — de construcción bidimensional. Lo que se necesita es una espiritualidad holística y tridimensional que nos conecte con Dios, con la humanidad y con nuestro mundo ecológico. Esta es una espiritualidad que sirve como fuerza integradora de la vida, que disuelve todas las formas de alienación — religiosa, humana y ecológica — y dota de significado y propósito a estos tres mundos o dimensiones.

La gente de hoy está buscando significado en el caos de la sociedad y de sus propias vidas. Esta es la fuerza impulsora que está detrás de toda la búsqueda de espiritualidad, un deseo de hallar significado a la vida y propósito digno en la existencia — el *porqué* que está detrás del *qué*.

Gilkey nos dice que "el significado de la vida es el combustible que impulsa la maquinaria humana. Sin él somos indiferentes y aburridos, no hay metas ni estímulos para

trabajar, no somos inspirados por preocupación alguna ni sensación de significado; nuestro potencial no tiene combustible, por lo tanto, permanece ocioso. Sin significado carecemos de dirección y somos presa fácil de toda suerte de desesperación y ansiedad, incapaces de permanecer firmes contra cualquier nuevo viento de adversidad". Este agotamiento espiritual subyace en el mismo corazón de la carencia de significado que experimentan muchas iglesias cristianas de nuestros días. Una recuperación de la auténtica espiritualidad cristiana en sus tres dimensiones cambiará mucho en este triste cuadro.

Encontramos espiritualidad genuina u holística; es decir, seguridad y significado para la vida, cuando nuestras vidas están centradas en *aquello que nadie puede arrebatarnos*. ¿Por qué? Porque sólo aquello que nadie puede quitarnos es capaz de darnos un sentido de seguridad genuina, y es lo único que puede considerarse como el verdadero Dios colocado en el centro de nuestra espiritualidad. Todo lo demás se disuelve bajo la presión o los cambios del tiempo.

La fuente de la espiritualidad

En una era tan inestable y de rápidos cambios sociológi-

cos, la gente busca desesperadamente un ancla confiable para el alma. Muchos la están buscando ahora en la espiritualidad. Pero esta área puede resultar también hoy en otra bancarrota como lo fue la ciencia en el pasado, si la gente pone en el centro de su vida lo que no es eterno ni divino, sino temporal y transitorio. El no centrar la vida en lo sagrado ha dado origen a las variadas formas de alienación a través de la historia: religiosa, humana, ecológica, y ahora espiritual.

Un enfoque cristiano equilibrado exige una espiritualidad holística que esté centrada en Dios, verdadero objeto de nuestra adoración. Requiere un Dios que no cambia sino que es el mismo ayer, hoy y por los siglos, y quien debido a eso crea un sentido de equilibrio integrado entre los mundos humano, natural y espiritual. Este tipo de *espiritualidad* no se halla en otro lugar sino en el Espíritu Santo, quien crea un deseo y un anhelo de Dios en el corazón humano, junto con un profundo respeto — pero no adoración — de la naturaleza y los demás seres humanos.

San Agustín (354-430 d. C.), al reconocer la necesidad de espiritualidad que tienen los seres humanos, declaró: "Tú nos has hecho para ti, oh

Dios, y nuestros corazones estarán intranquilos hasta que encuentren su descanso en ti". Blas Pascal (1623-1662 d. C.), nos recordó que "hay un vacío en el corazón de cada [ser humano] modelado según Dios, que no puede ser satisfecho por ningún ser creado, sino sólo por Dios, el Creador, dado a conocer por medio de Jesucristo". En esto consiste la esencia de la espiritualidad genuina u holística.

El desafío que se plantea a la iglesia cristiana y a los ministros cristianos de hoy, es modelar una auténtica espiritualidad, y diseñar paradigmas de ministerio edificados sobre una espiritualidad holística, y no sobre la del patrón tradicional unidimensional o, en el mejor de los casos, bidimensional. Sólo entonces se reavivarán las iglesias, y llevarán a cabo una misión relevante a las profundamente sentidas necesidades de espiritualidad del siglo veintiuno.

Referencias

* Esta definición ha sido adaptada de las ideas de Martin E. Marty y R. Scott Appleby, *The Glory and the Power: The Fundamentalist Challenge to the Modern World* (Boston: Beacon, 1992), y Langdon Gilkey, *Shantung Compound* (New York: Harper Collins, 1966).

"Miembros de las iglesias del Dios vivo... considerad cómo vuestra falta de fe, de espiritualidad y de poder divino, impiden la llegada del reino de Dios" 3JT 71.